



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

---

---

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN**

**INFORME DE DESEMPEÑO PROFESIONAL**

**“UN REPORTERO NO COME, NO DUERME Y NO VA AL BAÑO”**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:**

**LICENCIADO EN PERIODISMO Y COMUNICACIÓN COLECTIVA**

**PRESENTA**

**MARTÍN LUVIANO GARCÍA**

**ASESOR:**

**DR. EDGAR ERNESTO LIÑAN ÁVILA**



**FES ARAGÓN**

**2008**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***A mis padres***

***A Ceres***

# Índice

Presentación.....	I
<b>Capítulo I</b>	
La edad de la inocencia: El Heraldo de México, El Universal y Etcétera.....	1
<b>Capítulo II</b>	
Semanario Punto Un periódico de periodistas.....	16
<b>Capítulo III</b>	
Novedades El oficio de ser reportero.....	31
<b>Capítulo IV</b>	
Una noche de invierno en que todo terminó: el cierre de Novedades.....	53
<b>Capítulo V</b>	
El PRD: La Fuerza del Sol, órgano informativo de cooperación voluntaria.....	62
Conclusión.....	78
Anexo.....	80

# PRESENTACIÓN

Mi experiencia dentro del periodismo es de más de 10 años y en todo este tiempo he tenido que enfrentar muchas situaciones comunes de este oficio, pero también otras tantas que se podrían calificar como únicas, incluso hasta divertidas. Todos estos hechos me han llevado a reflexionar sobre el papel que debemos de desempeñar nosotros, los reporteros.

Cuando empecé a trabajar en los medios de comunicación, lo único que tenía para salir adelante eran los conocimientos que la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón (ahora Facultad de Estudios Superiores) me dio durante cuatro años de estudios. No tenía más. Pero esas enseñanzas fueron muy útiles para mi desarrollo profesional.

Yo desconocía los conceptos que se manejaban en los periódicos y los fui aprendiendo con el transcurso de los años. Por eso el primer capítulo se refiere a la edad de la inocencia, pues cuando entré a trabajar en la prensa escrita aprendí qué era una fuente de información, cómo debía de cubrir una conferencia de prensa y de qué manera tenía que hacer una entrevista.

Después, adquirí la experiencia necesaria para desempeñarme como reportero, eso lo encontré en el *Semanario Punto*. En la segunda parte hago una narración de cómo fui asimilando los viejos secretos del periodismo, por lo que ahí encontré todas las herramientas que se usan para escribir un reportaje o una entrevista.

En el tercer apartado presento la narración de lo que me sucedió en *Novedades*, donde para encontrar las noticias tuve que acostumbrarme al estilo de trabajar sin descanso, a todas horas, en una actividad que parecía interminable. En este periódico me convertí en un obrero de la información. También están detalladas, como cuarta parte de mi tesis, las últimas horas de vida de este diario.

Finalmente, este trabajo termina con mi desempeño en un semanario que publica el Partido de Revolución Democrática. *La Fuerza del Sol* tenía la fama de ser un medio independiente y de izquierda. Solo escribo algunas aproximaciones a lo que viví en el PRD.

He tomado algunas libertades en cuanto a la estructura de mi tesis. Los capítulos no comienzan de la manera tradicional. Les resultará extraño e intentarán conocer la razón que me llevó a presentar mi trabajo de esa forma. Es solamente un estilo que me ha llamado la atención. Lo han utilizado varios escritores en sus novelas y me pareció que sería un buen intento quitarle un poco de solemnidad a mi obra.

También he puesto los títulos de lado derecho. Una de las máximas que aprendí en el periodismo es que siempre que abres un periódico lees la parte de la derecha. Las mejores noticias se encuentran de ese lado. Los anuncios los colocan a la derecha. Por eso coloqué varios títulos de ese lado, para llamar la atención de quienes lean este trabajo.

Esta es mi experiencia. Espero que mi tesis cumpla con alguna expectativa, la que sea. Y que como todo trabajo también reciba un buen número de críticas, las que sean. Todo será bien recibido.

# **CAPÍTULO I**

**La edad de la inocencia: El Heraldo de México,  
El Universal y Etcétera.**

### ***El Herald de México***

Cuando en el periódico *El Herald de México* me informaron que iban a prescindir de mis servicios, una sensación de enorme tristeza inundó mi cuerpo. Nunca fue el mejor trabajo que un principiante a reportero pudiera tener, pero para mí fue el primero que obtuve después de dejar la universidad y el ser despedido significó una verdadera sorpresa, pues pensé que estaría por lo menos dos años en aquel medio y solamente duré unos cuantos meses.



Me dieron 20 minutos para que recogiera mis pertenencias y pasara al departamento de contabilidad, pues ahí me darían mi liquidación correspondiente. Recuerdo esos momentos con gran exactitud: llegué a mi escritorio, dejé caer mi derrotado cuerpo en la silla, crucé los brazos y lancé un largo suspiro de decepción.

Fueron mis primeros pasos en el periodismo y todo terminó tan rápido. Entonces, empecé a recordar cómo entré a trabajar en 1993 a *El Heraldo de México*.

En mi memoria no están registrados todos los eventos por los que pasé, pero siempre tengo presente el día en que un compañero me recomendó con el jefe del departamento de publicidad, ya que necesitaban un corrector de estilo. Hice un pequeño examen, que me aplicó la directora de recursos humanos, ella me indicó que tendría que checar una tarjeta de asistencia y me pagarían por honorarios.

Formé parte de un pequeño grupo de personas encargadas de corregir, editar y diseñar parte de la publicidad que llegaba al diario. Yo me presentaba todos los días a las seis de la tarde. En la pantalla de mi computadora pegaban una hoja con mi orden de trabajo.

Tenía que revisar cada uno de los textos publicitarios que mandaba el área de comercialización del periódico, para después mandarlos a diseño y de ahí, al equipo de impresión para meterlos a las rotativas.

Durante cinco meses, de agosto a diciembre de 1993, pasaron ante mis ojos las mejores ofertas en cuanto a ventas de casas lujosas, autos, recámaras, sillas, pantalones; felicitaciones, edictos y mensajes de personas que buscaban pareja, hasta esquelas de algún funcionario que había muerto en una cama de hospital. Todo lo que se podía vender, todo lo que permitía que un diario como *El Heraldo de México* resultara un negocio redituable formaba parte de mi trabajo como corrector de estilo.

En el cuarto piso, en el departamento de Publicidad y Mercadotecnia, era posible verme sentado frente a mi computadora, de pantalla verde y teclado enorme, revisando papeles y disquetes que contenían todo tipo de anuncios para la captura y la corrección de los mismos.

En mi hoja de trabajo estaban anotadas, puntualmente, todas las indicaciones sobre lo quería el cliente para su anuncio, ya que ante el más mínimo error mis jefes empezaban a gritar y a protestar. No sé cuántas veces sufrí de sus regaños, pero era normal que un día a la semana me mandaran llamar para preguntarme el por qué de mis errores y me recomendaban que fuera más atento con mi trabajo.

Y es que para mí la corrección nunca resultó ser algo sencillo: poner acentos que no estaban; corregir palabras mal escritas; darle coherencia a los párrafos. Pero mi principal problema fue el lenguaje publicitario con el que escribían la mayoría de los 60 anuncios que tenía que revisar cada noche.

Yo creí que me volvería loco ante tantas ideas de compra, venta, tenemos el mejor producto del mercado o que en el peor de los casos yo acabaría comprando aquellos productos. Incluso estaba a punto de responderle a la muchacha de 24 años que buscaba un pretendiente amable, romántico y que no fuera borracho.

En varias ocasiones le pregunté a mi jefe si era necesario perder el tiempo con aquellos mensajes amorosos.

- Ya pagaron, Martín. Además, son órdenes que debemos de cumplir.

Después de corregir, me enfrentaba al problema de que las computadoras estaban conectadas en red. Existían innumerables claves para cada área, una para deportes, otra para política, una especial para los editores, en fin, si no se escribía correctamente la clave correspondiente a publicidad, mis textos podían extraviarse en la red y terminar en otra sección, con lo que prácticamente todo el trabajo de la noche se perdía.

Entonces, me veía obligado a repetir todo el procedimiento: nuevamente corregía los textos y los enviaba al sitio correcto. Eso me pasó varias semanas, mientras me aprendía todas las claves del sistema para evitar esos errores.

Finalmente, terminaba a las doce y media de la noche. Tenía que esperar a que mis jefes me avisaran que todo estaba bien, que ninguno de los textos se encontraba fuera de su sección y podía retirarme. Yo recogía mis cosas, caminaba hacia el elevador, en donde en varias ocasiones me encontraba con Isabel, una de las diseñadoras, quien me preguntaba la hora y al contestarle que ya eran las 12 y media, ella respondía con una dulce voz: nos vemos mañana.

Así terminaba mi jornada de trabajo. Sólo restaba salir a la calle y encontrar un taxi que me llevara a mi casa. A esa hora, la gran mayoría de los trabajadores hacían lo mismo: abandonaban el periódico y buscaban un transporte. Eran por lo menos veinte personas que aparecían como sombras, como fantasmas y después se esfumaban lentamente por las calles de la ciudad, siempre con el riesgo de ser asaltados, como en una ocasión me sucedió a mí.

## El asalto

La noche que me dejó una huella imborrable en mi memoria fue una de diciembre de 1993. Me encontraba en una de las calles aledañas a *El Heraldito de México*; había cumplido con mi trabajo y estaba en busca de un transporte para llegar a casa, cuando de pronto surgieron de las sombras dos asaltantes.

Se colocaron estratégicamente frente a mí y se convirtieron en un obstáculo insalvable. No tenía para donde correr. Uno de ellos, sin que yo pudiera hacer algo me agarró fuertemente del brazo. El que parecía el líder de esa pequeña banda de ladrones me preguntó:

- ¿A dónde vas?

Al no encontrar respuesta de mi parte, me hizo otra pregunta.

- ¿Cuánto dinero traes, amigo?

Estaba tentado a decirles que sólo cargaba unas cuantas monedas en mi bolsillo, lo suficiente para la trasladarme a mi casa, pero el otro ladronzuelo, con una habilidad inusitada, ya me había sacado la cartera y la estaba revisando. Encontró doscientos pesos, que era la cantidad exacta que llevaba en la billetera, contando cada peso y cada centavo.

Satisfechos, me regresaron la cartera vacía, pero la pesadilla todavía no terminaba. El supuesto líder volvió a la carga con otra pregunta:

- Una última molestia, ¿qué hora es?

No uso reloj, le respondí. No quedaron conformes. Así que me revisaron para cerciorarse si no traía otro objeto de valor escondido entre mi ropa. No encontraron nada. Entonces, el que me tenía sujeto me soltó y después, ambos ladrones se despidieron de mí con un tenga usted una buena noche y desaparecieron rápidamente.

De inmediato, regresé al periódico y le informé de lo sucedido al vigilante, quien hizo un gesto de molestia, como si lo estuviera interrumpiendo de alguna actividad importante.

Me dijo que los asaltos eran algo común a esas horas de la noche, que no era el primer trabajador del periódico que asaltaban. “Eso ya no es noticia para nosotros”, dijo con una sonrisa llena de cinismo.

En ese momento fui testigo de una transformación inusitada: el policía se había convertido en segundos en un reportero y de acuerdo a su opinión, el robo a un trabajador del *Heraldo* no significaba una noticia importante.

“Todavía fuera a un reportero o a un editor en jefe, pero a un corrector”, afirmó con mucha más sorna, con más cinismo. La verdad, se divirtió ante mi frustración, ante mi tragedia.

Nunca se hizo nada para detener la ola de robos que todas las noches ocurrían en las cercanías de las instalaciones del diario; además, para el reportero de la fuente policiaca significaban notas importante para su trabajo, pues contaba con testigos de primera mano a la puerta del *Heraldo*.

Tomé la decisión de dormir en el periódico hasta que dieran las seis de la mañana y así estar listo a la hora en que el metro abriera sus puertas. Resultó ser un experimento muy breve, porque para mí la primera noticia importante de 1994 no fue el levantamiento armado en Chiapas, sino mi despido de *El Herald de México*.

La tarde del dos de enero, al llegar a la oficina, me llamaron el responsable de la sección y uno de los directores de administración. Al verme entrar, me pidieron que cerrara la puerta y que me sentara. Así lo hice, estaba listo para recibir un regaño más cuando mi jefe directo me explicó que el periódico tenía unos problemas financieros muy graves, por lo que se veían en la triste necesidad de ya no contar con mis servicios.

Luego, el director afirmó que no era porque mi trabajo fuera malo, pero la empresa buscaba una manera de abaratar los costos y no quedaba otra opción que prescindir de parte del personal. Me dieron un apretón de manos como parte de la despedida y me indicaron que en la caja del departamento de contabilidad ya estaba preparada mi liquidación de dos mil pesos.

Yo quedé congelado, no supe como me levanté de la silla y me despedí de aquellas personas. Al terminar los 20 minutos que me dieron para que tuviera listas mis pertenencias, reflexioné sobre los argumentos que me habían dicho y llegué a la conclusión de que en realidad no existía tal crisis, sólo era un largo de aquí, ya no te necesitamos.

Salí con mi liquidación de dos mil pesos, que según ellos era lo justo por cinco meses de desvelos. No sé si la suerte estuvo conmigo en esa ocasión porque cuando ya estaba afuera del diario, busqué por todos lados a los ladrones que me habían asaltado. Con alivio me percaté que esa noche, la de mi despido, no se presentaron a preguntarme cuánto dinero traía en el bolsillo.

## ***El Universal***

Para conseguir de nuevo empleo, acudí con un compañero fotógrafo que había estudiado también la carrera de Periodismo en la ENEP Aragón. El ya tenía años trabajando como reportero gráfico independiente para varios medios de comunicación. Cuando le expliqué lo que me había pasado, me recomendó con gente de *El Universal*, periódico que andaba en busca de colaboradores.

Fui a Bucareli número ocho con un artículo sobre un programa de música de los *Beatles* con más de 20 años al aire en *Radio Universal*. Ese texto lo hice una madrugada en la redacción del *Heraldo*, cuando ya había terminado de corregir los anuncios y contaba con una entrevista que le hice a uno de los locutores de aquella emisión radiofónica. Pensé que sería una buena opción llegar con algo ya escrito a la entrevista.

Al llegar a *El Universal*, esperé como media hora hasta que me atendió René Solorio, el coeditor de *Universo Joven*, una sección encargada de investigar temas atractivos para los jóvenes: música, nuevas tecnologías como el Internet, deportes, organizaciones juveniles, literatura.

Le dije que quería colaborar y le entregué mi primer artículo. La observó detenidamente, después, me miró y me preguntó que de parte de quién iba. “De Raúl Ramírez”, le respondí.

Entonces, sonrió, aceptó el texto y dijo: “Bien, la próxima semana me traes otro reportaje. Aunque tendrás que esperar para verlos publicados porque tengo mucho material pendiente que sacar para las próximas ediciones”.

Abandoné el edificio con una impresión un tanto extraña. No creía que todo hubiera resultado tan sencillo. Fui con Raúl y le pregunté que si todo estaba bien, que a lo mejor el editor aceptó mi colaboración para que no lo estuviera molestando y que nunca vería esa nota publicada en las páginas del *Universal*.

Raúl me dijo que estuviera tranquilo y me recomendó que mejor me pusiera a trabajar en una serie de artículos para presentarlos ante el editor en jefe de *Universo Joven*. Así lo hice, empecé a investigar y a leer sobre los temas que me habían indicado. De acuerdo con la línea editorial, los textos no debían ser muy extensos, máximo dos cuartillas, con párrafos breves.

Y el trabajo sobre el locutor del programa de los *Beatles*, la que pensé que nunca sería publicada, para mi sorpresa, apareció un sábado 19 de febrero del 1994. No lo creía, por fin, era el autor de una nota y aunque no le hicieron ninguna corrección, a pesar de los errores tan notorias que había en mi texto, me gustó.

Era el primer artículo de mi vida como reportero. Esa nota me trajo otra satisfacción: que Enrique Rojas, el locutor del programa de los *Beatles* me felicitara al aire e, incluso, leyera tres párrafos a sus radioescuchas.

Como al texto no le hicieron ninguna corrección y la verdad me dio una especie de vergüenza el observar mis errores, les pregunté sino necesitaban un corrector, pero no me hicieron caso, sólo me dijeron: no, ya tenemos correctores, no necesitamos más.

Después de esa primera nota, conté con el apoyo de Raúl para realizar reportajes sobre problemas del agua, la ecología, el turismo, la música. Sin embargo, no lograba darle una verdadera estructura periodística a mis artículos. Me faltaba mucho para ser un buen reportero, por eso el editor en jefe, Enrique Bustamante, siempre me decía: "Vuelve a escribirlo, muchacho. La idea es buena, pero le falta trabajo, mucho trabajo".

Me daba una palmada en la espalda y entonces, con todas las recomendaciones que me habían sugerido anotadas en un cuaderno, yo abandonaba el periódico, me iba a mi casa, a escribir, a eliminar ideas y a corregir, para atender cada uno de los señalamientos que me había hecho editor.

Al día siguiente me presentaba frente a él, con otra nota. Entonces, Enrique Bustamante me volvía a leer mi colaboración, le hacía otras correcciones y volvía a escuchar el mismo consejo: "Tienes que escribir de nuevo. No está mal, pero le falta trabajo, mucho trabajo".

Escuché esa frase durante semanas y a mi me parecía que nunca iba a conseguir la aprobación para seguir publicando en *Universo Joven*. Durante esa época mis notas no aparecían regularmente, eran pocas, muy contadas las que me publicaban, así que, finalmente, para evitar más decepciones, decidí buscar otro lugar donde poder escribir. No me fui muy lejos: en la misma oficina, a unos cuantos pasos, me encontré con *Nuevo Siglo*.

## ***Nuevo Siglo***

El suplemento dominical de *El Universal* era una publicación destinada a los suscriptores. Tenía el mismo tamaño que las páginas del periódico, por lo que sus reportajes contaban con una mayor extensión, aunque la mayor parte de sus esfuerzos estaban dedicados a conseguir publicidad e incluso las empresas pagaban para que se realizaran notas conocidas como publireportajes.

Así, una tarde asistí a una cita con la jefa de información, Eva García de Zaldo, y le dije que quería colaborar para el suplemento, por lo que le pregunté qué se necesitaba para trabajar en la revista.

- ¿Quién te recomienda?, me preguntó.
  
- El editor de *Universo Joven*, le contesté.

Fue entonces que sonrió y me explicó, punto por punto, la línea editorial del suplemento: en primer lugar, nada de política ni mucho menos noticias sangrientas, sólo noticias agradables, pues eso es lo que pedían los lectores, buenas noticias para leer los domingos en la mañana.

El objetivo de la revista era presentar un producto de esparcimiento, donde la gente se olvidara de los problemas cotidianos que había en la ciudad de México. Asimismo, había que cuidar mucho los valores familiares, nada de sexo, ni posturas en contra de la Iglesia, porque la mayoría de los suscriptores de la revista eran de organizaciones católicas, por lo que no podíamos escribir nada que ofendiera su integridad. Por eso, nada de temas incómodos.

Me recalcó lo de los temas incómodos como en cuatro ocasiones. Deletreó las palabras para que me quedara claro que en la revista no se debían de tocar ese tipo de asuntos.

Cuando finalmente terminó con su explicación, yo saqué de mi mochila un reportaje sobre el pulque, un texto que realicé gracias a un viaje por Hidalgo. Ahí conocí a los productores de esta bebida, quienes me relataron cómo se sacaba el aguamiel de los magueyes, la manera como se fermentaba y el tipo de curados que existían.

También realicé una investigación sobre las pulquerías que todavía se mantenían con vida en la ciudad; entrevisté a los parroquianos, a los meseros y a un cantinero que preparaba la bebida y que inventó una máquina para cortar las botellas de vidrio, con la finalidad de tener vasos especiales para beber el pulque.

Después de meses de trabajo y de otros días de redacción, terminé con un reportaje titulado *La bebida de los dioses*. Cuando se lo entregué a Eva, después de que me explicó los requisitos para colaborar en el suplemento dominical, era el punto final de un trabajo que planeé durante varios meses. En realidad, fue uno de los mejores artículos que había escrito hasta ese momento, porque tuve todo el tiempo para hacer mi reportaje sobre el pulque y pude redactarlo con toda la paciencia posible.

Aunque aquel texto tardó para ser publicado, ese trabajo me permitió ser tomado en cuenta como parte del equipo de colaboradores de *Nuevo Siglo* y aunque durante mi estancia de dos años en la revista escribí muchos artículos, siempre recordaré aquellos momentos en que caminaba entre los magueyes, a las once de la mañana, escuchando la historia que me contaba un campesino sobre el pulque y la forma en que disfruté de un taco de frijoles acompañado de un vaso lleno de aquella bebida espumosa.

Asimismo, también quedó en mi memoria el rostro de alegría del cantinero de *La Hija de los apaches*, pulquería que se encuentra en la avenida Cuauhtémoc, al ver la página en donde habían publicado la historia de su establecimiento, después de leerlo, se lo enseñó a todos los clientes que estaban en ese momento disfrutando su bebida. Tampoco voy a olvidar mi sorpresa cuando sacó de un viejo cajón una carpeta con más de 300 reportajes que habían realizado distintos reporteros y que formaban parte de la vida de la pulquería.

Después de aquel artículo, entré a una nueva dinámica: reportear con todas mis energías para entregar un artículo cada semana a *Nuevo Siglo*. Raúl Ramírez me había dado el consejo de que la fama en el periodismo sólo duraba 24 horas, que nadie iba a detenerse a felicitarme por una nota bien trabajada, que no importaba lo bien escrito que estuviera y que debía de encontrar cada día algo distinto para los lectores.



Fue entonces que realicé varios viajes por el interior de la República. Me vi recorriendo parte de los estados más cercanos al DF. Al principio propuse temas con tintes ecológicos y turísticos.

La idea le gustó a Eva y cada semana llegaba a la redacción con algo escrito sobre el mar y las montañas; los problemas que afectaban a la naturaleza en Veracruz o en Morelia; las fiestas tradicionales de pueblos de Oaxaca o de Chiapas; los sitios turísticos de Nuevo León o del estado de México. Fueron viajes que me permitieron ser un reportero con la mochila al hombro.

Recorrí pueblos que parecían olvidados por la mayoría de los mexicanos, que no tenían tiempo de ir a visitarlos y que mejor que los conocieran a través de mis letras que escribía en *El Universal*. Por eso me quedé a dormir en las estaciones de autobuses, con mi mochila como almohada y tratando de protegerme de los mosquitos y otros bichos, pero siempre regresaba con entrevistas, con información y con muchas fotografías.

Muchos de estas notas aparecieron en las páginas de *Nuevo Siglo* y en todos cumplí con la línea editorial: nada de política ni de sangre, nada de noticias incómodas. Sin embargo, esta situación de bonanza no duró mucho. Llegó el error económico de finales de 1994 y una nueva crisis afectó a todos los periódicos. En *El Universal* cancelaron proyectos y despidieron a reporteros.

Ya no aceptaron colaboradores, la paga disminuyó alarmantemente y apareció una junta editorial integrada por cinco altos funcionarios del periódico, quienes montaron la estrategia de austeridad en todos los niveles. Ellos revisaban las colaboraciones, por lo que decidían qué se publicaba y cuánto debía pagarse por texto.

Además, llegaron con una nueva consigna: nada de jóvenes inexpertos, porque la empresa no tenía la intención de pagarles a muchachos recién egresados de la universidad. Así que tomaron en sus manos todos los suplementos; sección que consideraban que no servía, la cancelaban.

Revisaron texto por texto, colaborador por colaborador y a muchos los despidieron con la estrategia de aceptar sus artículos, pero nunca publicarlos, con la finalidad de que se cansaran y decidieran no regresar jamás. A otros simplemente les dijeron adiós, porque no entraban en los planes del periódico. Yo, por alguna fortuna inicial, me quedé en el primer grupo.

Tuve que esperar por semanas, incluso meses, para que mis trabajos fueran publicados. Pero resultó ser una batalla perdida. Durante mucho tiempo intenté cumplir con los nuevos requerimientos, pero en todo 1995 no hubo prácticamente nada para mí en las páginas de *El Universal*. Sólo me quedó escribir, escribir y escribir, con la esperanza de ganar por lo menos una batalla a aquellos funcionarios de la junta editorial.

Así, después de un tiempo de infructuosos esfuerzos, uno de mis escritos logró colarse a las páginas del suplemento, un reportaje sobre *El año chino en las calles de la ciudad de México*. No recuerdo cómo fue que aceptaron el reportaje, pero tampoco resultó ser una buena señal: aquel texto significó mi despedida del periódico.

Fueron doce meses de batalla, de pelear con la crisis y con los editores, el segundo recorte llegó a principios de 1996. Cuando fui a cobrar mi colaboración, me informaron que ya no podía entrar al edificio, que sólo me darían la oportunidad de subir a contabilidad y recoger el cheque.

Así lo hice, seguí las indicaciones al pie de la letra, tomé mi paga y abandoné el diario. De esa triste manera terminó mi relación laboral con *El Universal*, aunque nunca olvidé lo paradójico que fue que el mismo día que publicaron mi artículo sobre *El año chino*, yo terminaba siendo despedido.

### ***Etcétera***

Al concluir mi etapa en *El Universal*, recuerdo que estaba sumido en una fuerte depresión. Sin empleo, sin muchas opciones para ir hacia delante, así que empecé a escribir cuentos, narraciones cortas, para tener por lo menos un desahogo ante tanta mala suerte. Una llamada de Raúl Ramírez me sacó de aquellos días de incertidumbre: en el semanario *Etcétera* solicitaban gente para su área de literatura.

*Etcétera* era una revista de reciente aparición, con a penas un año de existencia, que realizaba análisis sobre temas políticos y culturales. Cuando decidí ir, tomé alguno de los escritos que ya tenía listos y que pensaba podían servir para mi nueva aventura.

Al llegar a la casa donde se encontraba el semanario, descubrí lo que era en realidad un medio independiente: cuartos pequeños, periódicos y revistas tiradas por todos lados, nadie contaba con una oficina propia, ya que el escritorio que se suponía era del director también lo usaban como mesa de diseño y en otras ocasiones como comedor.

Al estar ahí, como que me entró de nueva cuenta la decepción, me atendió una mujer con todo el estilo de haber sido profesora universitaria: era delgada, de piel blanca y ojos claros, traía en sus labios un puro sin encender, lo que significaba su lucha cotidiana en contra del vicio de fumar. Ella era la editora de *Etcétera*: Ana Galván.

Me examinó con una gran curiosidad, como que mi imagen no correspondía a las personas que habitualmente llegaban al semanario y luego me preguntó:

- ¿Qué traes? ¿Alguna colaboración?

Le entregué unas crónicas que había escrito sobre ciudad Nezahualcóyotl. Les echó un vistazo rápido y acto seguido colocó mi trabajo arriba de un montón de papeles.

- ¿Algo más? Nada. Adiós, que tengo muchas cosas que hacer.

El trato del que fui objeto en la primera entrevista no fue muy alentador. Salí de *Etcétera* con las ganas de nunca volver. Además, recordé que no había quedado en nada con Ana, ni qué día volvería a visitarla para conocer su opinión ni siquiera le había pedido los teléfonos de las oficinas y yo olvidé poner en mi trabajo mis datos para que ella pudiera localizarme, en dado caso de que le hubieran gustado mis escritos.

Decidí olvidarme de *Etcétera* y por dos meses busqué trabajo en otros medios impresos, sin mucho éxito. Fue entonces que regresé al semanario, donde no encontré ningún cambio en la decoración, pero cuando Ana me vio, se acercó rápidamente y me dijo que necesitaban más de las crónicas de Nezahualcóyotl, ya que al director le habían gustado, pero que no sabían en dónde encontrarme y que esas historias urgían.

Me puse a escribir. Fueron varias noches de desvelos hasta que por fin terminé las crónicas y se las llevé a Ana. Les dieron un buen espacio, dos planas, lo cual me llenó de mucha satisfacción, y aunque *Etcétera* sólo sirvió para sacar un poco al escritor que todos los reporteros llevamos dentro, no me ayudó a salir del desempleo.

Hice varias narraciones sobre aquel municipio conocido como el *Coyote Hambriento*: de sus basureros; de las calles anegadas por las lluvias; de los camiones inservibles, etcétera. Hasta alguna leyenda que de pronto me contó uno de mis vecinos. También escribí poemas urbanos de niños perdidos y de mujeres de la vida galante.

Fue una época en que en mi casa, por un pésimo servicio por parte de la compañía de Luz y Fuerza, que la luz eléctrica se ausentaba por horas y horas, por lo que tenía que usar velas para tener la iluminación suficiente que me permitiera redactar varas crónicas de estilo urbano. Aunque, a pesar de mis esfuerzos, no todas mis narraciones fueron publicadas.

Sin embargo, con el paso de los meses en *Etcétera* también llegaron los tiempos de cambio. Apareció otro director con un equipo de nuevos colaboradores y le dieron un giro a la línea editorial, por lo que me vi obligado a marcharme, otra vez, en busca de otra opción para trabajar.

Para vivir, realicé trabajos distintos al periodismo, como el de capturar tareas escolares en una vieja computadora y vender periódicos. De pronto, me convertí en un voceador que laboraba de las seis a las doce del día, repartiendo en Neza, curiosamente, *El Universal*, ya que la empresa que me despidió necesitaba de personas que vivieran por la zona urbana del Estado de México para atender a los suscriptores.

Como voceador me enteré que *Nuevo Siglo* desapareció y que *Etcétera* se iba a convertir en una revista especializada en medios de comunicación. Pero como este empleo no me dejaba grandes ganancias, en cierta ocasión tomé el *Aviso Oportuno* y en un pequeño anuncio apareció una oferta para trabajar en el *Semanario Punto*.

Después de un año sin un trabajo fijo, llegué en abril de 1997 a una entrevista con Benjamín Wong Castañeda, director de la revista. Wong era todo un personaje del periodismo, con una enorme experiencia en los medios de comunicación. Me interrogó durante una hora sobre mis hábitos de lectura, no sólo sobre los periódicos y revistas, sino sobre los últimos libros que había leído.

También me preguntó sobre los noticiarios de televisión y de la radio. Por último, me contó la historia de *Punto* y me hizo una propuesta difícil de rechazar:

- ¿Quieres trabajar con nosotros?

De inmediato dije que sí, que estaba listo para formar parte de su empresa. Acto seguido, llamó a Rafael Castilleja, el jefe de redacción, para hacer mi presentación oficial.

- Martín se va a incorporar a nuestro equipo desde el lunes, pero quiero que de una vez le asigne una tarea. Necesito que empiece a trabajar. Creo que estaría bien una nota sobre el petróleo, que vea al embajador de Venezuela, ¿de acuerdo? Bueno, bienvenido muchacho.

Después, Castilleja me llevó a la redacción y me presentó con el resto del equipo, tres reporteros que, como estaban trabajando, sólo movieron la cabeza en señal de saludo. Te esperamos el lunes, dijo y me retiré con la esperanza de que en *Punto* me convertiría en un reportero de verdad.

# **CAPÍTULO II**

## **El Semanario Punto Un periódico de periodistas**

## **Punto de arranque**

El *Semanario Punto* era un *Periódico de Periodistas*. Así lo definió Benjamín Wong y esa frase representaba parte de la línea editorial de la empresa. Cuando yo llegué, el semanario iba a cumplir 16 de años de estar en circulación. Había sufrido recortes de personal, crisis económicas, persecuciones de parte del gobierno federal, pero no claudicaba en su tarea de difundir noticias, de hacer análisis político y por sus páginas habían pasado Carlos Monsiváis, Miguel Ángel Granados Chapa y Elena Poniatowska, entre otros personajes de prestigio.

Sin embargo, esas épocas de gloria se habían terminado hacía años y en 1997 lo que buscaba su dueño era que *Punto* sobreviviera en el competitivo mercado de los medios de comunicación.

Benjamín Wong siempre me recordaba que nuestro principal objetivo como revista especializada en política era la de ser leída tanto por el ciudadano común y corriente, así como formar parte del debate entre periodistas, investigadores y profesores universitarios. Que nuestras notas sirvieran para el análisis profundo de la situación nacional e internacional.

Trabajar con dos experimentados periodistas resultó muy importante para mi formación. Tanto Wong como Rafael Castilleja tenían una anécdota o un consejo que dar a cada instante, que habían aprendido durante más de 60 años de vida en el periodismo. En realidad, de ellos aprendí todo lo que se necesitaba para ser un reportero.

En mi primera semana en *Punto*, escuché a Wong referirse a sus encuentros con presidentes de la República, a sus viajes a China, pero sobre todo, me contaba cómo fueron sus andanzas en el periodismo.

- Yo fui maestro universitario, Martín. Di clases en la UNAM, pero para mí fue desesperante encontrarme cada mañana con grupos de 80 alumnos y que ninguno de ellos leyera el periódico. Estaban en la universidad para estudiar periodismo pero no hacían una de las tareas fundamentales de este oficio: leer.

Por eso Wong renunció a seguir como maestro y a la semana siguiente se presentó ante los estudiantes con el examen final, porque no existía la disposición por parte de ellos de aprender sobre periodismo. Se fue de ese trabajo y regresó a *Punto*. Su primer consejo: mantente siempre informado, Martín, lee, lee mucho, que eso te servirá en toda tu carrera.

Y al concluir con su anécdota, se iba caminando hacia su oficina, murmurando, recordando otra de sus aventuras, que seguramente me contaría en alguna otra ocasión.

Después, yo me sentaba en mi escritorio y empezaba a leer *La Jornada*, *El Universal*, *Reforma*, *Proceso*, para estar informado, como decía Wong. Pero nunca terminaba de revisar todos los periódicos, porque luego llegaba Rafael Castilleja y comenzaba a contarme otra historia.



Castilleja empezó a trabajar en los talleres de *El Sol de México*, a los quince años, sacando los desperdicios que dejaban en la sala de las rotativas. Todas las noches recogía papeles, basura o algunos artículos que ya no utilizaban los impresores del periódico. Ganaba unos cuantos pesos, pero ahí inició un largo aprendizaje para convertirse en periodista. Nunca pisó una universidad, todo lo aprendió en los talleres y redacciones de los periódicos en donde trabajó.

Estuvo en muchos diarios, hasta que Wong le hizo la invitación para que se hiciera cargo de la jefatura de redacción del *Semanario Punto*. Me contó que a penas unas dos semanas atrás había cumplido cuatro años en la revista y tenía toda la intención de quedarse mucho más tiempo en ese puesto, porque en verdad disfrutaba cada minuto de su vida en ese empleo.

- La regla más importante de un reportero es que nunca duerme, nunca come y nunca va al baño, porque debe terminar con su trabajo antes de que anochezca.

Esa frase la escuché durante cuatro años en *Punto*. Un reportero nunca duerme, nunca come y nunca va al baño. Cuando yo terminaba una nota y la entregaba, Castilleja, con satisfacción, decía a gritos su regla. Con eso me señalaba que cada minuto en el semanario valía mucho como para desperdiciarlo en cosas superficiales.

También, otra de sus enseñanzas que me dio fue la de escribir párrafos cortos, concisos, donde las ideas fueran directas, sin rodeos, que no perdiera el tiempo en datos banales, en la paja.

Así, fui testigo de cómo distintas de mis notas se transformaron en verdaderos reportajes, que se podían leer y entender sin ningún problema. El proceso era tan sencillo: primero, paciencia; después, leer detenidamente cada párrafo, quitarle palabras, reducirlo y todo eso Castilleja lo hacía en diez o quince minutos.

Si una de mis notas contenía diez, once, doce, catorce, quince, hasta veinte párrafos, Castilleja las reducía a ocho, siete, seis, hasta cinco párrafos, pero lo más increíble era que dejaba lo importante, dejaba la noticia, el hecho en toda su máxima expresión.

Él me decía que escribir en un periódico o revista era un arte: el arte de la brevedad, como si hicieras ejercicio, eliminas la grasa y te quedas con lo que sirve. Y me llevaba a su vieja computadora, me enseñaba la nota que acababa de escribir, ya no era la misma, todo estaba corregido y en su lugar. Eso es el periodismo, concluía.

## El equipo

*Punto* estaba integrado por otros tres reporteros: Francisco Javier Castro, Joaquín Munguía y Alejandro Ramírez, quienes contaban con una gran experiencia en los medios impresos, ya tenían varios años en el semanario y su trabajo lo realizaban con gran profesionalismo: tema que les asignaban, tema que conseguían.

Yo tardé un poco en integrarme al ritmo de la empresa, pues mi desconocimiento en áreas como la economía o la seguridad pública me hicieron estar en desventaja con mis compañeros. Todas las semanas nos reuníamos en la oficina de Wong para discutir los asuntos principales de la agenda nacional, por lo que cada uno entraba con cuatro propuestas, las cuales eran debatidas, analizadas y en algunos casos, desechadas porque no reunían las características necesarias para ser tomadas como un hecho periodístico.

Al final de la reunión, los temas se dividían y cada reportero salía con cuatro temas para reportear. Fue en *Punto* en donde aprendí una serie de reglas que debían cumplirse: nunca protestar por una orden de trabajo; siempre buscar la información más importante; encontrar otros puntos sobre un tema que ya fue investigado y que no se tocaron en otras publicaciones. En *Punto* le encontraban una novedad a todo y sobre esa pista había que ir.

Para ser reportero tienes que parecerlo, decía Castilleja. Todo porque en alguna ocasión pregunté si no me entregarían una identificación para acreditarme como reportero del semanario, pero, cosa curiosa, después me di cuenta que ninguno de mis compañeros utilizaba aquel documento para cumplir con su labor.

- La credencial no hace al reportero. Una identificación no dice que eres periodista. No, Martín, aquí debes usar la inteligencia, la astucia, el olfato, para encontrar la noticia. La credencial sólo sirve para entrar a un edificio, no para reportear.

Con esas palabras mi jefe de información dio por terminado el tema y nunca más volví a preguntar sobre el asunto. En cuatro años de labor intensa en el semanario nunca necesité la credencial, todos mis artículos los hice con las herramientas que me dieron Castilleja y Wong.

En esos cuatro años, investigué temas tanto de política como de deportes y espectáculos. Escribí y leí de todo, porque como me decía Wong en uno de nuestros encuentros:

- No puedes ser reportero si no estás enterado del tema que vas a tratar. No puedes hacer una entrevista si no sabes quién es tu entrevistado y no puedes ser reportero si no lees periódicos, revistas, libros, debes leer de todo.

### **Punto y seguido**

La dinámica como reportero para mí iniciaba lentamente: lunes tranquilos, paz absoluta, pues se definían los temas y yo salía con mis cuatro órdenes de trabajo por cubrir ; martes, yo continuaba adormilado, sin hacer nada importante, todavía no empezaba a reportear, además, la redacción estaba vacía y de vez en cuando hacía una llamada para concertar una entrevista.

Llegaba el miércoles y todo cambiaba: mi jefe ya tenía las colaboraciones de cine, las recomendaciones de los libros y yo lo ayudaba con una sección titulada *Punto y aparte*, mi labor era buscar declaraciones de los políticos en los periódicos, escoger una que me pareciera divertida, curiosa o confusa y hacer un comentario chistoso.

Luego, jueves, después de una tarde silenciosa, yo aparecía en la redacción con mis notas. Siempre fui el último en llegar y el último en irme, porque me tardaba mucho en sacar mi información.

El viernes era el caos, la presión aumentaba y todos sufríamos de los regaños de Castilleja que gritaba, pues exigía notas, notas y más notas, porque estábamos retrasados. Wong se encerraba en su oficina para revisar atentamente nuestro trabajo, les hacía algunas anotaciones y les colocaba una cabeza. Después, nos mandaba llamar para informarnos que faltaba una nota sobre una noticia de último minuto.

Y todos los reporteros se ponían a hacer llamadas telefónicas y quien conseguía la mejor entrevista terminaba haciendo la nota.

En la noche, volvía la paz, la armonía, ya sólo quedaba llevar el periódico a los talleres de *La Jornada*, para su impresión. Yo terminaba cansado, agotado, con la duda de qué tan bueno era mi trabajo.

Pensaba que mis notas hubieran quedado mejor si omitía una idea que a mi parecer no aportaba nada e incluso quería pedirles a mis jefes que eliminaran alguno de mis artículos, porque no me parecían tan buenos como para ser publicados.

Siempre sentí que la mayor presión caía sobre mí. En los primeros meses me sentí como un novato, que debía acoplarse a la mecánica de trabajo de todos los demás. Yo sentía que todos los regaños y protestas estaban dedicados a mi persona y cada vez que llegaban los viernes, yo me retiraba del semanario pensativo. No estaba satisfecho de mi desempeño como reportero, pero Castilleja, al darse cuenta de mis preocupaciones, me decía:

- Ánimo, Martín, con el tiempo vas a aprender a ser un periodista de verdad, con el tiempo. Nos vemos el próximo lunes.

### **Punto y aparte**

Yo tenía algo que se conocía como la suerte del reportero. Los primeros trabajos en *Punto* estuvieron rodeados de mucha fortuna, por ejemplo, cuando me dieron la encomienda de entrevistar a un funcionario de la embajada de Venezuela para hablar sobre el petróleo y la nueva crisis del sector energético mundial. Realicé varias llamadas y finalmente obtuve una cita para platicar con la encargada de asuntos económicos.

Entonces, hice lo que aprendí en el manual de periodismo: preparar un cuestionario, investigar sobre el tema y tener lista mi grabadora. De camino a la embajada, me preparé mentalmente, repasé todas las preguntas y revisé otra vez mis herramientas de trabajo, la grabadora, el cuaderno de notas, las plumas, los lápices.

Fui recibido por una secretaria venezolana, que me comentó que tenía tres años de vivir en México y le gustaba muchísimo nuestro país. A los diez minutos, salió la Dra. Luisa Pereira, quien me invitó a pasar a su oficina, me ofreció una silla y por fin, le expliqué el motivo de mi visita.

- Soy del *Semanario Punto*, quiero hacerle una entrevista sobre el petróleo y la relación de Venezuela con la OPEP.

La doctora Pereira se sorprendió y dijo que ella no podía hablar de ese tema, porque estaba prohibido que los funcionarios de la representación diplomática de Venezuela en México dieran una opinión sobre la OPEP y el petróleo. Ella pensó por unos minutos y decidió que mejor hablara con el secretario de Asuntos Financieros, el maestro Roberto Escalante.

En el cuarto piso, en la oficina de Roberto Escalante, esperé otros cinco minutos. Finalmente me atendió un señor canoso, de bigote, que al enterarse de que era reportero se acomodó su corbata, limpió sus lentes y puso su mejor sonrisa, pero cuando le dije que necesitaba una entrevista sobre el petróleo, cambió su actitud, su sonrisa desapareció y me dio la misma disculpa: no estaba autorizado para hablar de un tema tan importante para los venezolanos.

El funcionario realizó, inmediatamente, algunas llamadas, habló con otros funcionarios, les explicó el problema y me comunicó la solución: el embajador de Venezuela me recibiría en persona, ya que era la única autoridad en aquella sede diplomática que podía dar una opinión.

Y me fui para el octavo piso. Ahí sostuve una entrevista de una hora con el diplomático venezolano, me dio una explicación larga y sustanciosa de por qué Venezuela no abandonaba la OPEP y que próximamente aumentaría la producción de petróleo.

Cuando salí de la embajada, en vez de estar feliz porque cumplí exitosamente con mi primera tarea periodística de *Punto*, me surgió una extraña sensación de que no todo estaba bien, todo había resultado tan fácil. No sé por qué se me ocurrió revisar la grabación y cuál sería mi sorpresa al darme cuenta de que no se grabó nada debido a que el cassette estaba dañado.

Por fortuna, durante la entrevista anoté varios datos que me sirvieron de guía para realizar mi artículo. Completé todo con información del Internet, que el mismo embajador me había recomendado consultar y cuando entregué aquel texto, a Castilleja le pareció un buen trabajo.

Desde ese momento, ya no me confié tanto de mis aparatos, por lo que decidí que siempre anotaría lo más importante, porque en cualquier momento podía fallar la grabadora, el cassette, las pilas, hasta la pluma.

En lo único que podía confiar era en mi memoria, por eso en todas mis entrevistas y eventos utilicé un pequeño cuaderno para anotar cada dato que después me serviría para hacer mis reportajes. Lo único que no podía fallarme en mi trabajo de reportero era yo. Esa fue una regla que no me enseñaron ni Wong ni Castilleja, al contrario, yo la aprendí cuando empecé a reportear.

## **Puntos suspensivos**

Yo pensé que todas las semanas se viviría lo mismo, pero la noticia cambiaba de un momento a otro, pero también había cosas como un reportaje que no se escribió y que todos aseguraban haberlo visto, que incluso fue corregido, se le dio una página y de pronto alguien se daba cuenta de que faltaba esa nota.

En esa ocasión, cuando todos nos dimos cuenta de la nota faltante ya habíamos apagado las luces de la redacción y la mayoría de los compañeros se encontraban en el elevador. Yo estaba guardando mis cosas, cuando uno de los diseñadores revisó las planas y se dio cuenta de que la página 14 estaba en blanco. ¿Cómo pasó eso, si el señor Castilleja llevaba un registro minucioso de todo lo que se entregaba?

Todos nos sorprendimos y todos nos regresamos a subsanar el error. Yo escribí rápidamente una nota, no tardé ni media hora, lo corrigió mi jefe y la colocaron en la página 14. Por cualquier duda, todos revisamos de nueva cuenta las 20 hojas, por si había otra página en blanco. Todo estaba normal, completo, el semanario se salvó en aquella ocasión.

Pero no fue la única situación extraña que viví en la redacción. Una que sucedía con bastante frecuencia era que la energía eléctrica fallara y el edificio quedara completamente a oscuras. Eso prácticamente ocurría todos los viernes, exactamente el día del cierre de la edición.

Recuerdo que yo estaba escribiendo tranquilamente en mi computadora, parecía que en esa ocasión terminaríamos por primera vez a tiempo y de pronto, se escuchó una especie de explosión, para que acto seguido se viniera un apagón y todo dejaba de funcionar. En esos casos, estallaba en mí una especie de angustia, de desesperación.

¿Ahora, qué hago? me preguntaba. Pero mis compañeros, que no estaban apurados, se dirigieron a otra oficina, sacaron unas máquinas de escribir mecánicas y empezaron a redactar sus notas; así, cuando la energía eléctrica se restableciera, sólo habría que capturar la información.

Pues hice lo mismo, porque de alguna forma tenía que terminar mi trabajo. El señor Castilleja de repente empezó a platicar de cómo era el periodismo hace décadas, en que todo se realizaba en las máquinas de escribir y cómo todos los reporteros sacaban a tiempo su información, sin necesidad de Internet o de computadoras. Que los reporteros de sus tiempos enfrentaban toda clase de obstáculos, pero cumplían con sus órdenes de trabajo.

Todo volvía a la normalidad cuando regresaba la luz. Sólo capturaba mis notas en la computadora, esas notas que escribía en hojas blancas, en una máquina de escribir mecánica, porque la energía eléctrica desaparecía y en ese ambiente me permití el lujo de ser un reportero como de los de antes, como de los que conocí en otra época mi jefe de información.

## **Dos Puntos**

Uno de las personas que entrevisté en mi estancia en *Punto* fue al polémico artista plástico José Luis Cuevas, amigo cercano de Benjamín Wong. El día de la cita, ya en su estudio de San Ángel, innumerables dudas me asaltaron. A pesar de contar con el cuestionario de rigor para este tipo de entrevistas, no sabía si eran las preguntas adecuadas, no sabía si tendría la capacidad para enfrentarme al pintor.

El artista hizo ante mí una entrada teatral, como si fuera un actor que se dirige hacia el escenario con toda la sabiduría del mundo. Me saludó amablemente y empezó a hablar. No esperó que le hiciera alguna pregunta, Cuevas habló de lo que más sabía: de él mismo, de sus esculturas y sus pinturas; de su museo y de su desprecio hacia los vendedores ambulantes que convirtieron al Zócalo en un muladar; de su fama de gran amante y cómo las mujeres lo consideraban el gran semental de México.

Cuevas habló y habló durante dos horas, sin que yo interviniera para nada. Al terminar su monólogo, me permitió tomarle algunas fotografías y al despedirse de mí, dijo que estaba a gusto con la entrevista. “Los reporteros de hoy no respetan a una figura de mi talla”, afirmó y me obsequió un libro que un estudiante de la Universidad del Estado de México escribió sobre su vida.

Al llegar a mi oficina, me senté con la intención de empezar a redactar la entrevista, pero me quedé pensando: no le hice ninguna pregunta, no fui un verdadero entrevistador, sino que solamente estuve en su casa para verlo hablar, platicar, comentar, decir, afirmar, que él era José Luis Cuevas.

Nunca me sentí satisfecho con ese artículo. Estaba decepcionado, porque el señor me apabulló, se dio cuenta de que no era un reportero con gran experiencia, que estaba asustado como un miserable ser humano ante Dios y aquel personaje se divirtió al contar todo lo que le convenía.

De cualquier manera, hice la nota, tomé lo mejor de sus declaraciones, las más puntiagudas, cínicas, fue un trabajo decente, nada extraordinario, pero cual sería mi sorpresa que cuando salió publicada la entrevista, por algún error de apreciación por parte de mi jefe, en la primera plana apareció una declaración que nunca escuché que la pronunciara el artista: *He sido un gran mentiroso*.

¿Cómo pasó? ¿A qué horas dijo eso? Revisé la grabación, nada. Leí detenidamente la versión estenográfica, tampoco; releí la nota original, la que no tenía ninguna corrección, igual, nada de nada. En ningún lugar de la redacción del semanario encontré aquella declaración de *He sido un gran mentiroso*.

Rafael Castilleja juró y perjuró que no le hizo ninguna modificación, salió tal y como yo la había enviado. Entonces, pensé que el pintor iniciaría una protesta en mi contra, que hablaría con Wong y ahí terminaría mi vida en *Punto*.

Pero no fue así. José Luis Cuevas no envió protesta alguna, ni muchos menos visitó al director del semanario. Todo quedó en el más absoluto silencio, todo terminó con un susto para mí. Esa experiencia me sirvió para realizar todo tipo de preguntas a mis entrevistados, fueran famosos o simples personas de la ciudad, y a revisar dos veces lo que había grabado en los cassettes, para que no apareciera otra declaración polémica.

Así, con el correr de los meses aprendí a escribir como querían mis jefes, sin muchos errores, con los datos correctos y las ideas entendibles, pero sobre todo disminuí considerablemente el tiempo para realizar mi trabajo, ya que de las cuatro o cinco horas que me pasaba redactando una sola nota, logré acabarla en media hora, a lo máximo 45 minutos. Eso significó para mí un gran avance. Estaba aprendiendo a ser un reportero.



Sin embargo, en ciertas ocasiones se presentaban días en que sufría de una especie de bloqueo mental y simplemente las ideas nunca llegaban. Si faltaba un texto, me regañaban y si se acercaba la hora del cierre, también me regañaban, pero no sabía qué hacer.

Por eso deambulaba de un lado a otro de la redacción, me detenía a hojear los periódicos, hablaba con las secretarias, salía a caminar un rato por las calles y daba la vuelta por el barrio. De pronto, me detenía en un puesto de tacos de birria y tomaba un refresco de Boing sabor uva.

En ese lugar, escuchaba las noticias de la radio. Casi siempre hablaban del tráfico en la ciudad, daban alguna entrevista, un hecho callejero, hasta que recordaba que en una conversación un estudioso afirmaba que el refresco era malo para la salud. Ya estaba el tema y regresaba a la oficina. Me comunicaba con el investigador, obtenía nuevos datos y sacaba una noticia sobre la desnutrición en México.

Y la historia se repitió miles de veces, ya sea por mi falta de inspiración o por cansancio. Me iba a caminar, me encontraba con un establecimiento de comida y el tema aparecía en el momento en que le daba una mordida a mi torta o a mis tacos.

Podría ser sobre la contaminación del D.F. o sobre el número de autos robados, incluso hasta la crisis económica. Eran temas que llegaban por suerte o porque ahí se encontraban y sólo había que voltear un poco para dar con ellos.

El de la contaminación lo encontré cuando un camión cruzó la avenida Cuauhtémoc dejando detrás de él una gran estela de humo; lo del robo de autos se me ocurrió porque en el preciso momento en que degustaba un taco vi como dos jóvenes abrían una camioneta y el de la crisis económica porque me encontré a un desempleado que desde la mañana había salido de su casa en busca de trabajo y nada más no encontraba una oportunidad laboral.

También recordé lo del deterioro en las pirámides de Teotihuacán y esa información me la proporcionó un arqueólogo de la UNAM, quien se encargó de darme datos, causas, soluciones y un largo etcétera para un reportaje que ocupó la primera plana de *Punto*.

Después, lo que más me costó trabajo fue la entrada de los textos. Lo solucioné anotando lo más importante, aunque al principio capturaba varias partes de las entrevistas en busca de un párrafo que me sirviera de entrada.

Algo que siempre me reclamó Benjamín Wong fue mi escasa pericia para encontrar la entrada principal de una nota y por lo regular eliminaba dos, tres párrafos, para después indicarme que la verdadera noticia se hallaba unas líneas abajo, a la mitad del escrito.

Yo leía nuevamente aquel trabajo y tenía que reconocer que la razón asistía a Wong. En cuatro años, después de revisar la mayoría de mis notas, encontré mucho de aquel periodista en ellas, que todavía tuvo tiempo de enseñarme muchos de sus valiosos secretos.

Si de repente escribía de forma mecánica, en la que todo se repetía, llegaba Wong y me decía que a tal información se le podría dar un cambio, sacarle jugo al tema y que lo intentara de nuevo.

El viejo, como le decía de cariño Castilleja, se alegró cuando en una temporada navideña necesitaban una declaración de juristas de la talla de Burgoa Orihuela, y yo la conseguí a las nueve de la noche, unas horas antes de Navidad, porque hasta en esas fechas trabajábamos. Con respecto a mi hazaña, Wong nada más dijo: “ése es un reportero”.

Luego, tanto él como el jefe de información me corrigieron palabras, oraciones, como la costumbre de escribir “ahorita”, porque esa palabra no existe en el castellano o a no equivocarme en anotar los nombres de los funcionarios, “escríbelos completos, con nombre y apellidos”. Estos hombres me tuvieron una infinita paciencia para hacer de mí un buen reportero, pero no completé el entrenamiento: *Punto* cerró sus puertas en 2001.

## **Punto final**

Habían sido cuatro años de un intenso trabajo. En el *Semanario Punto* vi como una fuerte crisis económica prácticamente nos obligó a cerrar. Tanto nos pegó el asunto financiero que la plantilla de reporteros se redujo a dos personas: Francisco Javier Castro y yo. Nosotros nos encargábamos de cubrir todo, hasta cultura, porque la persona que se contrató para realizar una columna semanal de eventos culturales prefirió abandonar la revista y refugiarse en *Reforma*.

A pesar de los malos augurios, yo me sostuve en el puesto de reportero. Era una forma de agradecerle a Wong y a Castilleja todo lo que habían hecho por mí. Finalmente, el 31 de mayo de 2001, Benjamín Wong nos informó que resultaba imposible sostener al periódico y que éste era el último número.

Desde principios de año la situación era insostenible. Pagos atrasados, deudas con distribuidores, con *La Jornada*, ningún empresario quiso invertir en nuestro medio de comunicación, por lo que, inevitablemente, el lento avance de los meses fue extinguiendo la vida de *Punto*.

Según Rafael Castilleja, *Punto* empezó a morir cuando Vicente Fox ganó la presidencia de la República, porque le retiró a los medios impresos toda la publicidad gubernamental. Wong alabó en varias ocasiones nuestro profesionalismo, incluso nosotros le propusimos que fuéramos a repartir el diario a las universidades, a venderlo en las calles, pero decidió no llegar a esos extremos.

- Somos periodistas, no repartidores ni voceadores, dijo dignamente.

Aún recuerdo el edificio de Cuauhtémoc 16, con su letrero de Agencia Mexicana de la Información. Todavía tengo la imagen en mi cabeza de cómo subía por los viejos elevadores o por las escaleras y que cuando llegaba al cuarto piso saludaba a todos, a las secretarias, a mis jefes, a mis compañeros y me sentaba en mi computadora, que fue donada por el periódico *Novedades*, del cual Wong era socio. Y sacaba mi grabadora, la que utilicé durante cuatro años, para empezar a trabajar.

Todos los trabajadores fuimos a *La Jornada* a ver cómo se imprimía el último número. Ahí estábamos, las secretarias, la contadora, los formadores, los diseñadores, los reporteros y los jefes. Todos observando, sin decir palabra alguna, escuchando el ruido que producían las rotativas, a la espera de que saliera nuestro semanario.

El primer ejemplar le correspondió a Wong, el director de *Punto* por 21 años. Él lo mantuvo en circulación hasta que los recursos se esfumaron. Al estar ahí, rememoré todo lo que viví en esa empresa: cómo aprendí a leer los periódicos, a informarme; a cubrir marchas o eventos, con lluvia, viento o calor; a que Castilleja me indicara qué necesitábamos para completar las 20 páginas del semanario, a lo mejor una entrevista, una crónica, un reportaje. Siempre decidió lo mejor para nuestra publicación, nunca se equivocó.

La noche del adiós fue muy larga. Estuvimos en las instalaciones de *La Jornada* hasta las tres de la madrugada, porque a esa hora terminaron de imprimir el semanario y después esperamos que acomodaran las pacas de periódico.

Fue triste presenciar la lenta muerte de *Punto*. ¿Cuál fue mi última nota? No la recuerdo. Seguramente se trató de un análisis político. Tal vez en ese momento no importaba, pues en mi cabeza sólo recordaba las situaciones que viví en la revista.

El *Periódico de periodistas* desapareció y muy pocos se acordaron de su existencia. Los voceadores afirmaban que ya nadie lo compraba. Su destino estaba escrito: cerró y punto. Yo estuve observando detenidamente cómo colocaron los paquetes de nuestro periódico en un rincón de las oficinas de *La Jornada*, pues serían puestos a la venta en dos días. Todavía le dieron dos días más de vida.

Me retiré junto con mis compañeros a un café cercano, cada quien traía su ejemplar. Nos sentamos y esperamos a que amaneciera. No pronunciamos ni una palabra más. Después, cada quien tomó su rumbo. Yo me fui caminando lentamente por las calles, leyendo mi semanario. Su destino estaba escrito: cerró su puertas, se acabó y punto.

## **CAPÍTULO III**

**Novedades:**

**El oficio de ser reportero**

## ***Novedades***

Luego de *Punto*, llegué al periódico *Novedades* gracias a una invitación de Benjamín Wong, pues formaba parte de la dirección general del diario. Fue a principio de junio de 2001 cuando me recibió Alejandro Dávila, Subdirector Editorial, quien me aplicó un duro examen de cultura general y conocimientos básicos sobre el periodismo en México.

Me preguntó sobre mis lecturas, qué periódicos y revistas leía; si veía algún noticiario en la televisión o si escuchaba las noticias por la radio; si sabía los nombres de columnistas y periodistas de prestigio, etcétera. Finalmente, preguntó sobre mi experiencia laboral.

Todo lo contesté con cierto nerviosismo, hacía mucho tiempo en que no asistía a una entrevista de trabajo. Después de Dávila, siguió el turno del jefe de información, Sadot Fábila Alva, quien me asignó una nota que tenía que entregar al día siguiente.

Sadot era un tipo delgado, de unos 56 años, pero se veía como agotado, con ganas de estar en algún otro lugar y no en una vieja redacción de un periódico capitalino. Por fin, entré a su despacho, me senté frente a él y vi como le echó una rápida hojeada a mi currículum.

- Yo te conozco. Tú trabajaste con Benjamín Wong en *Punto*. Yo lo ayudaba a conseguir publicidad para su semanario.

Después, mientras se quitaba los lentes y los limpiaba con su corbata, afirmó que la entrevista era un simple requisito, pues había cumplido con la burocracia del sindicato. Me pidió una nota del campo en México y que de una vez fuera preparando mis papeles para dejarlos en la oficina de recursos humanos.

Actualicé un reportaje sobre el campo que no alcanzó a publicarse en *Punto*, ésa fue la nota que le entregué a Sadot. Después me dirigí a recursos humanos, para hacer entrega de mis documentos y me indicaron que tenía que ir a las oficinas del sindicato.

En ese sitio fue donde todo se detuvo. El líder sindical me recibió solamente cuando estimó que era el momento indicado. Y esperé 15 días para ser recibido por Alberto Hinojosa, que de acuerdo con la opinión de varios trabajadores, era una persona exageradamente comprometida con las luchas sindicales. Pero en mi caso, tuve que hablarle por teléfono todos los días para saber exactamente cuándo me iba a atender.

Este camino tortuoso terminó un 18 de julio de 2001, cuando entré a la oficina de Alberto Hinojosa. Su aspecto era el de un personaje sacado de una película de Juan Orol, su aspecto era la viva imagen de un mafioso: mal encarado, de lenguaje duro, directo, sin rodeos y de un carácter demasiado explosivo y se vestía igual que Johnny Armenta, uno de los personajes de la película de Charros contra Gansters.

En las paredes de su despacho tenía una serie de fotografías en las que estaba acompañado de Fidel Velásquez, antiguo líder la CTM. Todas las fotos traían la firma de Fidel, en señal de amistad. Después me enteraría que Alberto Hinojosa fue un gran amigo de aquel líder obrero, que estuvieron juntos en los sindicatos desde los años 40s y luego, gracias a un favor que el dueño de *Novedades* le debía a Fidel Velásquez, le dieron la dirección sindical del periódico.

En aquella entrevista no dije nada. El sindicalista lo primero que hizo fue regañarme. Dijo que los jóvenes de ahora no querían formar parte de los sindicatos y que eran unos inconscientes. Revisó mis documentos hasta en tres ocasiones.

Me reprochó que mis cartas de recomendación vinieran firmadas por Benjamín Wong, pues era parte del Consejo Directivo, pero finalmente aceptó que ingresara al diario, con la advertencia de que no podía faltar a ninguna de las juntas sindicales, pues de hacerlo se me descontaría una quincena.

- Está bien. Mañana puedes empezar a trabajar. Adiós.

Así concluyó mi entrevista con el líder del sindicato. Por primera vez en mi vida estaba sindicalizado, con prestaciones como despensas, atención médica y vacaciones pagadas, aunque también tenía la obligación de otorgar una parte de mi sueldo a nuestro organismo gremial, cuotas, servicios de maternidad y de salud, entre otros gastos.

Abandoné el edificio sindical, me fui a *Novedades* para informar que había aprobado el examen y que ya formaba parte de los empleados del periódico; sin embargo, Sadot habló para confirmar que todo estuviera en orden. Por fin, pronunció unas palabras de bienvenida:

- Mañana vienes temprano por tu orden de trabajo y la clave para acceder al sistema de las computadoras. A las nueve es buena hora para que empieces a cubrir tus fuentes. Nos vemos, bienvenido.

Al otro día, un martes 19 de julio, oficialmente comencé a trabajar para *Novedades*. Las primeras dependencias que cubrí fueron la Comisión Nacional de Derechos Humanos y la Comisión de Derechos Humanos del DF. En ésta última hubo una conferencia de prensa sobre la violación de las garantías individuales de unos estudiantes y en donde el comisionado dio a conocer las resoluciones generales de ese caso. Esa fue mi nota inicial en el periódico.



## Nuestro edificio

*Novedades* se encontraba entre las calles de Balderas y Morelos. Era un recinto de cinco pisos, sus paredes eran húmedas, con pasillos largos y oscuros. En la azotea habían colocado un enorme cubo con la letra N, que daba vueltas todo el día. Además, en el techo existía un helipuerto porque el presidente de la empresa nunca llegaba en automóvil, sino en un helicóptero de su propiedad.

De los cinco pisos con los que contaba el edificio, el tercero albergaba a los reporteros, correctores y editores. En ese lugar había dos departamentos: el concerniente al *Novedades* y el área encargada de editar *The News*, un diario escrito en inglés para ser distribuido por todo el país, idea que trajo el dueño de la editorial, Rómulo O’Farril Jr., a principios de los años ochenta.

La Editorial *Novedades* era una empresa que además de contar con dos periódicos de circulación nacional, también publicaba una serie de revistas e historietas como *El libro Vaquero* o el *Sensacional de Luchas*. Parecía una empresa boyante, que dejaba grandes ganancias, pero de acuerdo con Sadot, nuestro periódico solamente reportaba pérdidas y hacía cuatro o cinco años que todos los empleados vivían en la incertidumbre de si se vendía o no el diario.

La sala de redacción era un espacio enorme, llenó de mesas y computadoras, siempre ocupadas por reporteros, también se escuchaba como los teléfonos inundaban el ambiente con sus diferentes sonidos, papeles regados por todos lados y restos de las tazas de café amontonadas en los botes de basura.

Cuando entré a aquella sala del periódico, me di cuenta de que todo era movimiento, los reporteros siempre estaban escribiendo o hablando por teléfono, porque todos estaban en busca de la noticia.

La primera vez que escribí para el periódico lo más difícil fue encontrar un espacio para hacerlo. Todas las computadoras estaban ocupadas, así que recorrí las mesas hasta que encontré una sin ocupar. Me senté, saqué mi grabadora y los documentos que me entregaron en la CNDH, me di cuenta de que aquella máquina estaba abandonada porque le faltaban algunas letras al teclado. No me importó, la computadora funcionaba y tenía trabajo por hacer.

Tardé cuatro horas en redactar mis notas. Estaba acostumbrado a elaborar mis artículos al estilo de *Punto*, por lo que entregué textos muy largos, de quince párrafos. Después me explicaron que no me extendiera tanto, con cuatro o cinco bastaban.

Me enteré que en el periódico adoraban la brevedad, porque así podían meter más reportajes. Muchos de mis compañeros entregaban hasta ocho artículos, algunos no valían la pena, pero la orden era que entregáramos ese número de textos para que los diseñadores no tuvieran problemas en llenar los espacios del periódico, ya que tampoco se contaba con mucha publicidad.

Me convertí en un maquilador de noticias. Contaba más la cantidad que la calidad. Y eso lo veía cuando hojeaba el periódico: amontonaban la información sin ningún orden, no se veía cuál noticia era la más importante, lo mismo combinaban un asesinato policiaco que una conferencia universitaria.

Tardé mucho en entender el funcionamiento del *Novedades*, era un mundo distinto a lo que había vivido con anterioridad. Antes, tenía hasta cinco días para desarrollar un reportaje. En el periódico sólo me daban unas horas.

No realicé un escrito que valiera la pena, pues mis notas se perdieron en ese mar de información. Incluso me costaba trabajo encontrar mi nombre en los artículos que escribía. En varias ocasiones me pregunté si alguien leía lo que con tanto trabajo reporteaba.

A pesar de que todos trabajábamos en el tercer piso, las divisiones eran notorias. A los compañeros de deportes los encontrabas hasta un extremo de la redacción, no hablaban con nadie y despreciaban a los demás reporteros, ni siquiera podías tocar sus computadoras, porque se enojaban y mandaban una protesta al sindicato.

Después, seguían los de sociales, que llegaban a las diez de la mañana y desaparecían a la una de la tarde. Tampoco hablaban con los otros reporteros. Luego, estaba información general, el área donde yo trabajaba. Ahí todos platicaban, pero tenían prohibido dirigirle la palabra a los miembros de deportes y sociales.

Finalmente, la última sección, conocida como la legión extranjera, estaba integrada por los miembros de *The News*, que eran un grupo de japoneses, coreanos, canadienses y gringos, que no se comunicaban con ninguna persona en el periódico, pues no sabían nada de español. Pero cómo provocaban escándalos. No había noche en que no hicieran sus travesuras en los baños o en los pasillos, porque la mayoría eran lesbianas y homosexuales, así que aprovechaban la oscuridad de los corredores para demostrarse su cariño.

Cuando se escuchaban gemidos y gritos, ya sabíamos que aquellos extranjeros habían iniciado uno de sus encuentros amorosos. Nunca los denunciábamos, aunque no eran ni reporteros ni mucho menos sabían cubrir una conferencia de prensa, estaban ahí porque hablaban inglés.

## Mis fuentes

En *Novedades* escribí de todo, economía, política, educación, en una ocasión hasta aparecí en la sección de espectáculos. Mi primera fuente fue la diplomática. Es decir, cubría los principales eventos de la Secretaría de Relaciones Exteriores y las embajadas. Era una fuente tranquila, sin mucho movimiento, en alguna ocasión surgía una conferencia de prensa, un embajador daba una cena o un intelectual extranjero aparecía para ser entrevistado.

Ante la pasividad de mi área informativa, también me asignaron el clima. Todas las tardes, de acuerdo con las órdenes de Sadot, tenía que hablar al Sistema Meteorológico Nacional para preguntar si no había algún problema. Pero quitando la temporada de huracanes, nunca sucedió algo importante.

Después, al darse cuenta de que no servía de mucho que un reportero atendiera ese asunto, Sadot empezó a designarme como el reportero que se encargaría de las dependencias que dejaban mis compañeros en sus días de descanso.

Así, los lunes estaba en la Cámara de Diputados; los martes, en la guardia nocturna; los miércoles, policías y ladrones; los jueves, sindicales y campesinas; los viernes, descansaba. Mientras que sábados y domingos, educativas, partidos políticos, religiosas y lo que se acumulara. Por supuesto, sin olvidar mi fuente diplomática.

Por eso empecé a enterarme de una increíble variedad de temas. En esos años lo mismo me involucraba en noticias de narcotráfico que en el regreso a clases de alumnos de primaria y secundaria. Estuve en marchas de todo tipo; en presentaciones de libros; en inauguraciones de puentes; en encuentros internacionales y asambleas universitarias; en misas religiosas; en giras presidenciales y en un largo etcétera.

Todos los días terminaba cansado, porque mi jornada empezaba a las siete, ocho de la mañana, para concluir a las once la noche. Aunque todo eso finalizó cuando me dieron en definitiva las áreas educativa y diplomática.

## **La tecnología**

Cuando estuve en este periódico no me lleve bien con la tecnología. A los demás reporteros los veía con sus celulares, grabadoras que no necesitaban cassettes o con agendas electrónicas. Tal vez lo indispensable era el celular. En la sala de prensa de la Secretaría de Relaciones Exteriores fui testigo de cómo los compañeros de radio enviaban sus notas a través de los teléfonos celulares o que de pronto se aparecía un funcionario, entonces sacaban su celular para transmitir la entrevista en vivo.

Sin embargo, yo me rehusaba a adquirir uno de esos aparatos. No lo consideraba como parte importante de mi trabajo de reportero. Cambié de opinión cuando sucedieron los siguientes hechos: Sadot quiso comunicarse conmigo y no pudo, porque me hacía falta un teléfono; o que el jefe de comunicación social de la SRE quería mandarme un boletín de prensa y tampoco logró contactarse conmigo, por lo mismo; o si una reportera me buscaba para conseguir una información, no, no pudo, porque yo no tenía uno de esos aparatos.

Incluso me enteré que un reportero contaba con tres celulares: uno que se lo dio la empresa, otro que él mismo compró y el último se lo regaló un funcionario de gobierno. El conflicto que enfrentó fue que los tres nunca dejaban de sonar, por lo que tenía que revisarlos para saber cuál llamada era la más importante y que no se le escapara ninguna noticia.

Yo compré un aparato telefónico debido a las protestas de mis compañeros y mis patrones. No fue el mejor producto del mercado, tenía el tamaño de un ladrillo, que dejaba de funcionar si entraba al metro, pero sirvió para enfrentar una nueva etapa en el periodismo moderno.

El telefonito sonaba en el pesero o en la calle; de pronto, de un día para otro, escuchaba a miles de personas: a mi jefe, a los reporteros, a los miembros de las oficinas de prensa, que me buscaban para darme una orden, una noticia o para preguntarme si había ido a la conferencia de tal funcionario. Comprendí la utilidad del dichoso celular, que hizo que mi trabajo fuera menos complicado.

## Mis órdenes de trabajo

Cuando pedía mi orden de trabajo, siempre me sorprendía que tuviera una lista enorme de eventos por cubrir. Sobre todo porque el jefe de información, sin darse cuenta, colocaba dos conferencias de prensa a la misma hora y en lugares distintos. Por supuesto que asistía a la cita más importante, con la esperanza de rescatar más tarde la demás información gracias a que un compañero de otro periódico decidía asistir al otro evento.

Recuerdo que mis órdenes de trabajo eran extensas, largas, que me obligaban a recorrer parte de la ciudad de México con tal de tener toda la información que me solicitaban. Esas indicaciones debían de servir como una guía para reportear, sin embargo, no resultaban del todo eficaces y perdía noticias valiosas, todo por cubrir eventos que en realidad no servían para escribir una nota decente.

Un 11 de septiembre me enviaron a las siete de la mañana a un encuentro de relaciones internacionales en Ciudad Universitaria. Permanecí en el auditorio durante horas, prácticamente hasta la dos de la tarde. Al salir de aquel seminario, me enteré de que las torres gemelas en Nueva York habían sido derrumbadas y yo me había perdido tal hecho histórico. Todo por hacer caso a mi orden de trabajo.

Semanas después me enviaron a hacerle una entrevista al líder sindical de la UNAM, en un hotel lujoso del Centro Histórico del DF. Llegué temprano, diez minutos antes de la cita, se suponía que iba a ser un desayuno con los medios, esperé como media hora y nada, nunca llegó a la cita.

Le pregunté al jefe de meseros si ya se encontraba Agustín Rodríguez, líder del STUNAM en el restaurante. Fue ahí que me enteré que en el periódico se habían equivocado y el encuentro era hasta el día siguiente.

Luego, me enviaban a recepciones diplomáticas que nunca fueron tomadas en cuenta por los editores de *Novedades*. En una comida en la residencia del embajador de China, comí platillos exóticos, desconocidos para mí, ingerí una bebida que me provocó un malestar estomacal, pero no hubo ninguna noticia espectacular.

También fui a una exposición de pinturas en la embajada francesa. Tampoco hubo noticia, solamente bocadillos y champagne francés de muy buena calidad, con el cual la mayoría de los reporteros se emborracharon y salieron de la residencia oficial de Francia dando tropezones. Pero no se escribió gran cosa. Nunca obtuve una noticia de esas invitaciones a embajadas y consulados, porque siempre daban fiestas.

Como en muchas ocasiones tenía la tarea de cubrir varios eventos, planeé una estrategia para conseguir todas las noticias de mi orden de trabajo. Nada más la puse en práctica una vez, porque no resultó para el objetivo que había trazado.

Primero, escogí el día en que me daban todas las fuentes de los compañeros que descansaban, que regularmente era el domingo. Después, hice una especie de mapa, que en realidad era una hoja en donde dibujaba, muy rústicamente, calles y avenidas, para saber por cuáles zonas podía desplazarme para llegar a mi destino.

En mi memoria aún tengo presente aquella orden:

Nueve de la mañana, desayuno-conferencia de prensa con sindicatos universitarios, en el *Hotel Fiesta Americana* de Reforma; 10 de la mañana, asistir a la ceremonia de instalación de actividades del nuevo sindicato de trabajadores de la República Mexicana, en el Monumento a la Revolución; ir a las 11:30 a dos conferencias de prensa en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM; asistir a la misa en la Catedral Metropolitana. Hay una marcha hacia la Basílica de Guadalupe, es a las 12; también le tocan partidos políticos, presidencia y diplomáticas. Buena suerte.

Analicé bien la orden, en los primeros dos eventos no había ninguna complicación, estaban muy cerca y podía llegar caminando. Lo más difícil era llegar a Ciudad Universitaria y atender las dos conferencias, para luego buscar la mejor manera de trasladarme a la Catedral Metropolitana, de ahí a ver a los peregrinos en su caminata a la Basílica, para terminar finalmente con las otras tareas.

Nunca completé mi mapa de actividades. Siempre quedaba un evento sin ser atendido, porque perdía mucho tiempo en el traslado de un lugar a otro y terminaba ahogado por la prisa, por la presión de que las noticias se me escapaban. Así que mejor me comunicaba con otros reporteros para rescatar la información faltante.

En otra ocasión, Sadot me encomendó un reportaje sobre un barrendero que supuestamente trabajaba en un parque de Coyoacán, que estaba causando varios problemas entre los vecinos del lugar. Para mi desgracia, nunca encontré al dichoso personaje, pero sí a la gente que se quejaba de él.

Una señora afirmó que era un señor sucio, mal hablado, que se dormía horas enteras en las bancas del parque, que nunca levantaba un papel del suelo y por más que los ciudadanos se quejaban, ni le llamaban la atención ni mucho menos lo despedían. El barrendero aparecía en aquel parque por las mañanas y se acostaba en una banca, se quedaba completamente dormida y roncaba durante varias horas.

Pero por más que busqué al barrendero y estuve todo un día en aquel lugar, nunca lo encontré. La única señal de su existencia era la banca en donde se quedaba a dormir. Al regresar al periódico, di la noticia de que no había noticia, sólo testigos de la posible existencia de aquel trabajador de limpia.

Tiempo después, enviaron a otro reportero para que lo buscara. Mi compañero regresó con la misma historia: no encontró nada, obtuvo los mismos testimonios que yo, por lo que Sadot prefirió dejar la nota en paz y olvidarse del asunto.

Gracias a mi jefe de información, me convertí en un reportero de hechos curiosos. Una vez investigué sobre el asalto a un voceador que tenía su estanquillo en las afueras del *Hotel Fiesta Americana*, cerca de Reforma. Como el anciano estaba convaleciendo de las heridas que sufrió por el ataque de los asaltantes, fue su sobrino quien me explicó lo ocurrido.

Me contó que cuatro tipejos llegaron como a eso de las nueve de la noche con la intención de robarle a su tío los cigarros, dulces y el dinero de la venta del día, pero que el anciano no se dejó, por lo que fue golpeado despiadadamente por aquellos salvajes. Fue tanta la euforia del chamaco al verse entrevistado, que me invitó una coca cola, un chocolate y una silla, para que me acomodara y pudiera escuchar su relato.

Señaló que su pariente quedó tirado en el suelo, completamente desmayado, pero que los vigilantes del hotel salieron en su ayuda, lograron atrapar a uno de los agresores, llamaron a una ambulancia y que su tío ahora se encontraba en una cama de un hospital cercano a Indios Verdes.

Como ya tenía los datos y estaba a punto de despedirme, me preguntó la fecha en que saldría publicada la nota. Para el lunes. Sonrió y me comentó: “me voy a quedar con todos los periódicos, para que mis cuates me lean”.

La noticia más arriesgada que me tocó enfrentar fue un largo viaje en un Volkswagen hasta el pueblo de Cholula, en Puebla. Ahí, el ejército había aprendido a un peligroso narcotraficante. Mi encomienda era encontrar la casa en donde lo detuvieron, entrevistar a los vecinos y tomar fotografías.

En compañía de un chofer y un fotógrafo, partí un sábado al mediodía a Cholula. Como el viaje resultaba un poco largo, en el periódico nos entregaron doscientos pesos para gasolina y alimentos, dinero que prácticamente se acabó con la compra del combustible, por lo que decidimos adquirir unas frituras para hacer menos sufrido el trayecto.

En la Avenida Zaragoza enfrentamos un tráfico interminable, por lo que a vuelta de rueda conseguimos salir del DF. Tomamos rápidamente la autopista a Puebla, dimos una vuelta en una desviación que nos llevó cerca de los volcanes, hasta que llegamos a Cholula pasadas las tres de la tarde. Una vez ahí preguntamos sobre la casa del delincuente, afortunadamente los habitantes de aquel pueblito estaban enterados de lo sucedido y fue fácil dar con la dirección.

Yo creía que nos íbamos a encontrar con un grupo de soldados, policías y agentes de la AFI impidiéndonos el paso, pero nuestra decepción fue mayor cuando hallamos la zona residencial completamente vacía, sin policías y sin ejército. Una señora nos dijo que los militares ya se habían retirado, que nada más quedaban unos cuantos oficiales federales.

Nos pusimos muy tristes, como si hubiéramos perdido la guerra. Así que recabamos algunos datos, el fotógrafo tomó una imagen de la fachada de la casa del narcotraficante y partimos hacia la capital del país. Yo me quedé con la sensación de que no conseguimos una mejor noticia porque arribamos muy tarde al pueblo de Cholula, cuando toda la acción ya había concluido.

Sin embargo, lo más espectacular que obtuvimos fue la fotografía de una ventana de la casa del criminal que tenía algo parecido a un orificio de bala. Esa foto, para mi sorpresa, los editores de *Novedades* la consideraron única, nos felicitaron, porque no había muchas imágenes para ilustrar el reportaje de la captura del narcotraficante.



Aunque no todas las órdenes de trabajo resultaron tan divertidas. La más aburrida en el tiempo en que trabajé para el diario fue una fiesta de San Patricio, donde el señor O'Farril Jr., pidió a un reportero y un fotógrafo para que cubrieran su tertulia. Fiesta a la que asistieron empresarios tanto nacionales como extranjeros, además de políticos y embajadores.

En esa reunión sólo estuve unos minutos, pues la orden era recabar los nombres de los asistentes, el motivo de la fiesta y otros datos más que fueran útiles para la ilustración de la nota. No hubo nada interesante en mi crónica, solamente era un capricho del dueño que tuve que cumplir.

### **Los correctores**

Nunca en mi vida me había encontrado con un grupo de correctores tan ineficientes como los de *Novedades*. Tal vez era normal que un reportero se equivocara, que fallara en un nombre, una fecha, una palabra, pero que los encargados de corregir las notas cayeran en errores una y otra vez, me parecía algo inusitado.

Yo tenía la certeza de que mis artículos estaban bien escritos, con los nombres correctos, los lugares y hechos confirmados, el problema iniciaba cuando llegaban al departamento de corrección de estilo. Todo lo cambiaban, nombres, lugares, hasta los hechos modificaban.

Cada mañana, al tomar mi ejemplar del periódico, revisaba cuántas notas me habían publicado, a veces eran tres, otras veces cuatro, las que fueran, invariablemente, mis compañeros de la sala de corrección se encargaban de modificarlas. Aunque ellos juraban que los errores eran míos, porque ellos aseguraban que su trabajo los efectuaban con el mayor profesionalismo posible.

Tuve varios enfrentamientos con estos personajes, todo porque no aceptaban su culpa de que en el momento en que le metían mano a mis escritos, se equivocaban. Pero la historia no dejaba de repetirse, hasta que por fin descubrí lo que provocaba tan grave problema: el compañero que regularmente revisaba mis textos estaba prácticamente miope y no le gustaba ponerse los lentes porque decía que le daban un aspecto horrible a su persona.

Aunque teníamos otros tres correctores, ninguno realizaba su trabajo con efectividad. Llegaban tarde, se la pasaban tomando café y solamente leían las notas que les daba la gana. El único que cumplía sus horarios y con su trabajo era nuestro corrector miope. Aquello duró hasta que operaron de la vista a nuestro conflictivo corrector de estilo.

Yo pensé que con esa cura por fin se terminarían los problemas en cuanto al problema de corregir el trabajo. Sin embargo, los errores seguían apareciendo y continuaron los interminables pleitos, todo porque cambiaban nombres, fechas, lugares, cargos de funcionarios públicos. Y el único culpable era yo, porque los correctores decía que nunca entregaba un reportaje bien redactado.

### **Sala de prensa**

En la Secretaría de Relaciones Exteriores encontré la mejor sala de prensa del DF. Siempre estaba vacía, tenía teléfonos, computadoras y un servicio de café excelente. A ese lugar arribaba cada vez que mis actividades diarias me impedían ir al *Novedades*. Desde ahí me comunicaba por teléfono, marcaba a la redacción del periódico y le decía al compañero de guardia: prepárate a escribir, te voy a dictar mis adelantos o simplemente le avisaba que mis notas ya estaban en el correo del periódico, enviadas por Internet.

La mayoría de las salas de prensa siempre estaban llenas de reporteros, lo que provocaba un verdadero escándalo, porque mis compañeros gritaban, alegaban o se carcajaban de todo, mientras le pedían a los funcionarios de comunicación social cosas tan inútiles como un refresco o una torta. En cambio, en Tlatelolco, en las oficinas de la SRE, existía un paraíso lleno de soledad y tranquilidad, ahí pude conseguí escribir mis noticias en completa paz.

Una sala de prensa fue mi salvación el día que prácticamente me quebré el tobillo del pie izquierdo. En esa ocasión, acababa de concluir una conferencia en la embajada de Cuba, allá por Polanco. Yo iba caminando tranquilamente, con mi grabadora en el oído, pues quería comprobar si se había grabado todo. Por desgracia no me di cuenta de que en una calle había una especie de agujero, un enorme bache. Metí el pie accidentalmente en ese hoyo, sentí cómo mi pie izquierdo se dobló y terminé tirado en el suelo, adolorido.

Intenté pararme, pero me caí de nuevo. Lo intenté otra vez y por fin pude mantenerme de pie. Me dirigí hasta la parada de los microbuses, con grandes esfuerzos, logré subir los tres escalones de aquel transporte. El chofer ni siquiera me preguntó qué sucedía; me senté, estiré la pierna y sentí que mi tobillo empezaba a hincharse.

En esas condiciones no llegaría al periódico. Fue entonces que recordé que la sala de prensa del IMSS estaba abierta los domingos, en ese lugar podría terminar mis artículos. El microbús me dejó sobre Reforma, a tropezones, a saltos, apoyándome en postes, logré cruzar la avenida y llegué a la sala de prensa del IMSS.

El vigilante vio que entraba dando brincos, lo cual despertó su desconfianza, por lo que se dirigió hacia donde me encontraba. Me preguntó qué quería, le enseñé mi credencial de reportero y se tranquilizó. Pero se fijó en la manera en que caminaba y me dijo:

- Usted tiene lastimado el pie. Eso sí que es mala suerte. Por aquí no hay doctores, es una sala de prensa y además, si no es derechohabiente, pues tampoco lo va a curar. Si quiere le traigo unas vendas y un poco de alcohol, es lo único que tengo.

Acepté gustoso el ofrecimiento de aquel guardia y mientras se retiraba para buscar la venda y el alcohol, yo me acomodé en una silla, prendí una computadora y empecé a escribir. Era domingo, tenía mucho trabajo que entregar, gracias a mis diez fuentes de información.

Llevaba dos párrafos de mi primera nota cuando el dolor empezó a taladrarme todo el cuerpo, fue en ese preciso momento en que el vigilante se apareció con las vendas y el alcohol. Me quité el zapato, luego el calcetín y vi que el pie estaba completamente hinchado. Me curé lo mejor posible y continué con mi labor.

Nota que terminaba, el dolor aumentaba. Por cada texto, un instante más de dolor. Fueron las cinco horas más largas de mi vida. Hablé con mi jefe para decirle que todo el material se encontraba en el correo y para darle la noticia de que un reportero se había accidentado a las afueras de la embajada cubana, que al parecer sufría de un esguince y que prácticamente estaría en cama por una o dos semanas.

- ¿No me digas que fracturaste un pie?, preguntó.

Sí, fue mi lamentable respuesta. Después de colgar el teléfono, tomé un taxi para iniciar el largo trayecto a casa. Al día siguiente, una revisión médica diagnóstica que estuve a punto de fracturarme el tobillo, pero que afortunadamente todo quedó en un esguince, por lo que debía de guardar reposo por unas semanas.

Pero a pesar de las indicaciones del doctor, tuve que regresar al trabajo porque por esas fechas varios reporteros habían salido de vacaciones. Sadot me dijo que me necesitaba, no sé como me convenció, pero continué reportando, con todo y mi pie adolorido.

Durante tres semanas caminé dando brincos por los pasillos del *Novedades*; también sufrí para entrar a las salas de prensa, a eventos o a conferencias. Resultaron reportajes llenos de muchas penalidades, pero finalmente cumplí como buen trabajador de los medios impresos de comunicación.

### **Guardias nocturnas**

Al concluir mi periodo de rehabilitación, me tocó el turno de las guardias nocturnas, ésas en las que un reportero o reportera se quedaba toda la noche en la redacción para cubrir las últimas noticias. Aquella decisión se tomó porque todos los martes, día de descanso de la compañera que ocupaba ese puesto, Sadot padecía para encontrarle un reemplazo.

Entonces, yo aparecía los martes a las nueve de la noche con dos tazas de café, una coca cola y un pan de dulce para soportar la desvelada. Me acomodaba lo mejor posible en una cabina de cristal, rodeado de tres teléfonos y ponía a funcionar la computadora. La primera noche no pasó prácticamente nada. Sólo veía pasar de un lado a otro a los correctores, al editor y al personal de seguridad.

Estuve largas horas observando el lento caminar de las manecillas del reloj, terminé con mis dos tazas de café, con la coca cola, con el pan y nada, nadie me dijo nada. Harto de estar esperando a que me informaran qué debía hacer, fui a la oficina del editor, la cual estaba vacía, con restos de pizza en su escritorio.

Luego, busqué a los correctores, tampoco estaban. Eran alrededor de las tres y media de la madrugada, todos se habían retirado ya. Nadie me avisó que ya habían terminado de trabajar; sólo encontré a uno de los policías, ya sin su uniforme, sentado, tomando un café y viendo la televisión. Me vio y empezó a reírse.

-¿Qué hace aquí, compañero? No ve que ya se fueron todos desde hace un buen rato, ¿a poco no le avisaron?

-No, le contesté.

Abandoné el periódico a las cuatro de la mañana, con la certeza de que me habían jugado una broma. Unas horas después, supe que fui objeto de una novatada, en donde todos se pusieron de acuerdo para no hablarme y decidieron retirarse sin despedirse de mí.

En mi segunda noche, las cosas se movieron de distinta manera. Ahora sí, correctores, editores, hasta los encargados de la sección de espectáculo, llegaron a mi cabina para pedir información. Revisé noticieros, busqué varias notas por el Internet, los reporteros exigieron sus órdenes de trabajo y me comuniqué con las guardias nocturnas de otros periódicos para preguntar sobre un tiroteo en el Centro Histórico.

A las tres de la mañana, apareció el editor en jefe, Martín Hernández y me preguntó:

-¿Ya no hubo nada importante, hermano?

- No, le respondí.

- Nos vemos mañana, hoy ya todo terminó.

Recogí mis cosas, apagué los aparatos, salí de la oficina y bajé hasta la entrada para pedir un taxi.

La rutina de la guardia nocturna siempre fue a la misma. Nada cambiaba de un martes a otro, pero con el transcurso de los días mi actividad se hizo más ágil, por lo que a la una de la mañana ya no tenía nada qué hacer, y sólo me quedaba esperar a que Martín Hernández se apareciera para preguntarme: ¿ya no hubo nada importante, hermano?, y se despedía con su *nos vemos mañana, que hoy ya todo terminó*.

Mi contacto con el editor en jefe se reducía a ese pequeño encuentro en las mañanas. Era un hombre de pequeña estatura, moreno, pelo lacio y rostro serio, vestía siempre con chaleco guinda, no hacía aspavientos, nunca vi que perdiera la compostura, siempre fue un compañero de trabajo callado, que daba las indicaciones necesarias para el buen desarrollo del periódico.

Mis guardias nocturnas finalizaron cuando me cambiaron de manera provisional a la Secretaría de Gobernación. En esa dependencia me la pasé prácticamente sentado en unas escaleras, esperando a que el secretario Santiago Creel y otros funcionarios salieran de los despachos para que los reporteros pudiéramos entrevistarlos. Yo llegaba a las 10 de la mañana, dejaba mis cosas en la sala de prensa y me incorporaba con mis compañeros de televisión, radio y medios escritos en las escaleras que se encontraban en una parte de aquel edificio.

Ahí me quedaba, a la espera de un posible entrevistado. Si me iba, corría el riesgo de no obtener ninguna declaración y no tendría nota. Recuerdo que fueron largas horas de estar sentado, de pie, caminado, platicando, bostezando, con lluvia, con calor, con frío, con hambre, con sed, contestando el teléfono celular. Era una regla no escrita por los reporteros de la fuente de Gobernación: quedarse en esa escalera hasta la aparición de un funcionario.

Por esos días se suscitó el conflicto con los campesinos de Atenco respecto al aeropuerto que quería el gobierno de Fox construir en Texcoco. Una representación de los atenguenses se presentó a negociar con Santiago Creel y con un equipo de especialistas en una oficina de la Secretaría de Gobernación.

Entonces, mi jornada se extendió hasta las once de la noche, porque a esa hora terminaban las negociaciones y realizaban una conferencia de prensa para anunciar los acuerdos que habían alcanzado.

Cuando les avisaba a mis jefes de que la nota estaría un poco extensa, ellos me advertían que el espacio ya estaba ocupado y que lo mejor era que les enviara un resumen de no más de cinco párrafos.

Sin embargo, recuerdo que a mi me parecía que la información era importante y lo mejor era presentar los hechos tal y como se habían dado. Yo veía que en otros medios como *La Jornada*, *El Universal* o *Reforma*, les otorgaban a sus reporteros un espacio considerable cuando se trataba de acontecimientos como el de Atenco.

Incluso, veía a los compañeros de radio y televisión presentar trabajos un poco más extensos cuando la situación lo merecía, no importando que sólo tuvieran pocos minutos al aire, porque después les decían que en la mañana tendrían que aumentar la información para dar una visión mucho más amplia de lo acontecido.

Pero cuando estuve en Gobernación, siempre me exigieron que los artículos fueran los adecuados, cinco, seis párrafos, pero en esa ocasión no obedecí aquella estúpida orden.

La noticia era importante, como periódico de la vida nacional teníamos que presentar la mejor información para que nuestros lectores estuvieran conformes con nuestro trabajo. Escribí una nota de diez párrafos y todavía envié un recuadro con los 15 acuerdos a los que habían llegado los representantes de Atenco y los de Gobernación. Después, me fui a la casa. Estaba seguro que por esa ocasión respetarían mi nota.

Regresé al otro día a la Segob, tomé el *Novedades* que se encontraba en el escritorio de la auxiliar de comunicación social, lo revisé y mi artículo apareció en primera plana, bueno, era más bien un resumen, por lo que la nota importante debía de encontrarla en las páginas interiores del periódico.

En la página cuatro encontré mi texto, pero una enorme decepción se apoderó de mí: por enésima vez habían editado, cortado, censurado, mi nota, sólo dejaron cuatro pequeños párrafos y el recuadro de los acuerdos que les había enviado.

Me enojé y acto seguido, con mis manos, hice del diario una gran bola de papel y lo arrojé a la basura. Rosario, quien era la compañera de comunicación social, quedó sorprendida por mi actitud.

Al verla con la expresión de que ese *Novedades* no era mío para destrozarlo, lo saqué del cesto de la basura, lo desarrugué lentamente y lo volví a colocar junto a los otros periódicos. Pedí una disculpa y me retiré a mi computadora. Pero como sentí su mirada en mi espalda, mejor volví hacia donde ella se encontraba y le dije:

- No te preocupes. En este instante voy a mi periódico y te traigo otro ejemplar.

La chica empezó a reírse y dijo que era la primera vez que veía a un reportero enojarse de esa manera y romper las páginas de la publicación en la que trabajaba.

- Sí. Eso es cierto, pero como voy ir por un nuevo ejemplar, ¿me puedes permitir el periódico que rompí?

Rosario aceptó, me lo entregó y lo volví a romper, hice una nueva bola de papel y la arrojé de nuevo a la basura. Después, salí de la sala de prensa, rumbo al *Novedades*, por el ejemplar que le había prometido a Rosario.

Al terminar mi estancia en Gobernación, pasé a la fuente educativa y universitaria. Por lo que la Secretaría de Educación Pública se convirtió en mi nueva sala de prensa. Durante ese tiempo, casi dos meses, nunca me cansé de recorrer las calles del Centro Histórico hasta que llegaba al gran edificio de la SEP.

El lugar resultó ser el más frío que había conocido en mi andar por las dependencias de gobierno y además, era muy silencioso, tanto que podía escuchar los pasos de las personas que atravesaban el patio principal de la Secretaría.

Las noticias eran muy escasas, porque todo lo tenían programado. Las actividades de Reyes Tamez y los subsecretarios estaban rigurosamente planeadas, por lo que los reporteros tenían que esperar a la realización de los eventos oficiales para obtener sus notas. Estaba prohibido esperar en las escaleras o afuera de una oficina para intentar entrevistar a los funcionarios.

Es más, sólo los responsables de comunicación social eran los encargados de avisarnos con anticipación cuándo se llevaría a cabo una conferencia con el secretario de Educación.

Yo consideré esa etapa como una temporada de absoluta tranquilidad, donde el esfuerzo ya no resultaba tan desgastante como cuando estuve en Gobernación. También realizaba visitas a CU para cubrir conferencias, hacer entrevistas, asistir a las ferias de libros o encuentros con el rector Juan Ramón de la Fuente.

Toda la información llegaba tan fácil, que solamente había que escribir. Me entregaban programas de eventos, citas con especialistas, incluso no existía la necesidad de pelearse con los demás reporteros por una declaración. Me encontraba en una especie de periodismo ilustrado, civilizado, alejado de las aglomeraciones y protestas.



Fueron tiempos de calma, en donde la misma situación que estaba viviendo me hacía pensar que de esa fuente nadie me movería, ya que sin hacer mucho esfuerzo tenía todas las noticias a la mano. La UNAM, el IPN, la SEP, eran una fuente inagotable de información, de investigaciones y las autoridades de estos centros educativos buscaban que sus eventos y sus estudios tuvieran la mejor difusión posible. En esos días, me trataron como a un verdadero rey.

Sin embargo, desperté de este sueño cuando aparecieron los rumores de que *Novedades* estaba en crisis y que pronto sería declarado en quiebra.

## Rumores

Una tarde, mientras me encontraba en la sala de prensa de la UNAM, mi celular empezó a timbrar con inusual insistencia. Era una de mis compañeras, Elizabeth Díaz Méndez, para preguntarme qué sabía de la posible venta del periódico, porque le había llegado el chisme de que Rómulo O’Farril Jr. estaba cansado de las múltiples pérdidas económicas que dejaba el diario y pensaba en venderlo o cerrarlo definitivamente.

No tenía ningún conocimiento de esa noticia, pero le prometí que consultaría con varias personas de la empresa para verificar que tan cierto tal información sobre la venta del diario.

Al primero que le pregunte fue a Jesús Zambrano, el asistente de Sadot. No me dijo nada importante, sólo que otras personas ya lo habían consultado sobre el mismo tema, pero que era una noticia sin fundamento, pues la familia O’Farril de ninguna manera quería vender su medio impreso de comunicación.

Además, habían comprado un terreno en Ecatepec con la intención de construir nuevas oficinas y talleres de impresión, lo que quería decir que buscaban mejorar las publicaciones de la *Editorial Novedades*.

Después, le pregunté a Sadot Fábila, quien hizo un gesto de desagrado ante mi interrogatorio, por lo que tomó uno de sus cigarrillos, lo encendió, acto seguido se rascó la cabeza y respondió:

- Es una mentira, alguien quiere burlarse de nosotros y lanza esos rumores. Me extraña que ustedes, que se dicen reporteros, hagan caso de tales historias.

Pero ante mis dudas, seguí investigando. Le pregunté a Jorge Bermúdez, un policía de seguridad de la empresa, que resultó ser la fuente más confiable en todo este juego de noticias y rumores: él me confirmó que O'Farril Jr. estaba meditando el asunto de cerrar el diario y me enseñó un documento donde se daba la orden de no contratar a más gente ni mucho menos despedir algún empleado.

Ante el crecimiento de aquel rumor, algunos reporteros, los más veteranos, dijeron que era la misma historia de todos los años: el dueño, cansado de aguantar a sus hijos y ante el fracaso de lograr levantar financieramente al *Novedades*, lanzaba el anzuelo de que se iba a deshacer de su periódico, pero que al final nunca ocurría la dichosa venta.

Sin embargo, surgió la versión de que los hijos de O'Farril habían hecho una oferta para comprar el periódico. La cual fue rechazada por Don Rómulo. Entonces los nervios estallaron y el ambiente en el trabajo ya no fue el mismo. Se sentía la desesperación, la incertidumbre, todos nos preguntábamos de qué manera nos iban a liquidar y qué pasaría con el sindicato.

Faltaban dos meses para que terminara el 2002, cuando apareció un oficio en las ventanas y paredes del *Novedades*: nuestro líder sindical daba a conocer que había llegado a un acuerdo con la empresa para no despedir a ningún trabajador y que habría juntas sindicales todas las semanas, por lo que pedía la asistencia de los 264 empleados sindicalizados.

En diciembre, cuando todo parecía normal, las voces de angustia habían desaparecido y estábamos listos para recibir el año nuevo; pero a finales de ese mes, nos dieron la noticia de que la empresa iba a liquidar a todos los trabajadores, que el diario cerraba sus puertas y que a las siete de la noche, en el auditorio del sindicato, darían a conocer el acuerdo final entre O'Farril Jr. y los representantes de nuestra organización gremial.

No era la primera vez que me pasaba tal cosa, pero de todas formas quedé sorprendido, no lo podía crear: otro medio de comunicación llegaba a su fin y yo volvía a ser testigo de tal acontecimiento.

## **Capítulo IV**

**Una noche de invierno en que todo terminó:  
el cierre de *Novedades***

### **El sueño terminó**

El último día de trabajo en *Novedades* todo quedó completamente vacío. La redacción, el edificio, las oficinas, todo vacío, sin gente. Los reporteros y el personal administrativo se habían retirado para celebrar en sus casas el fin de año y que su centro de trabajo ya no existía más.

En todo el edificio lo único que encontré fue una enorme desolación. Hice un último recorrido por el lugar. Todavía recuerdo los pasillos oscuros, las oficinas cerradas, abandonadas, era un silencio que mataba, que provocaba una enorme tristeza.

En la redacción encontré las computadoras apagadas, los papeles tirados en el suelo, me senté en una de las sillas que ocupé durante dos años y en ese momento sentí el peso que dejan las ausencias, porque los hombres y mujeres que durante mucho tiempo reportearon en el periódico ya no estaban ahí, y nunca más volverían a escribir una nota en aquel piso.

Yo sólo estuve dos años, poco tiempo, pero el cierre del diario lo viví con el mismo sufrimiento que el reportero que trabajó en aquel lugar más de 15 años. Todo se acabó, ya no caminaría más por la calle de Balderas y doblaría en la esquina de Morelos, para luego subir por los viejos escalones del edificio o por su antiguo elevador, donde me encontraría con mis compañeros o con mi jefe de información.

Todo se terminó un 29 de diciembre de diciembre de 2002. Y en mi cabeza todavía tenía la sensación de que a penas unas horas antes había entregado mi último reportaje: un artículo sobre una protesta de estudiantes que estaban en contra del congreso universitario.

¿Cómo fue ese día? Lo recuerdo muy bien. Un desayuno temprano en el café *La Habana*, en donde me reuní con Sadot Fábila, jefe de información hasta el final, para platicar las últimas noticias sobre la decisión del dueño de *Novedades*. Sadot venía con su inconfundible chamarra de color caqui, sus lentes, una mochila que compró en la ciudadela y la sección nacional de nuestro periódico, porque hasta el final siguió siendo nuestro periódico.

Al llegar, pidió un capuchino cargado, muy cargado. Yo pedí un café americano y estaba leyendo *Milenio Diario*, que en su sección de trascendidos anunciaba que un periódico de la vida nacional cerraría sus puertas. ¿Sería *Novedades*? Sí, la noticia se había difundido ya por todos los medios de comunicación.

Incluso los compañeros de *El Heraldo de México* me habían hablado temprano para saber qué sucedería en las próximas horas con el diario. Faltaban los compañeros de la radio y la televisión, aunque lo más seguro era que en el transcurso del día harían acto de presencia.

Sadot sacó de su mochila un montón de hojas arrugadas, toda la noche las estuvo leyendo. El texto era parte del anuncio que hacía O'Farril Jr. sobre el cierre de *Novedades*. Un informe oficial que sólo se les entregó a los directores del periódico, a los editores y al jefe de información.

Me pidió que no les dijera nada a los trabajadores, que de eso se encargaría el sindicato, que las negociaciones habían llegado a buen término y que a todos les darían el 100% de su liquidación, para que nadie reclamara sobre un pago injusto ni se les ocurriera entablar un juicio en contra de O’Farril Jr.

- Se acabó. ¿Ya tienes pensado a dónde ir?

Era una buena pregunta. Lástima que yo no tuviera ni la más mínima idea de qué iba a pasar conmigo. Algo saldría por ahí, le contesté y le di un sorbo a mi café, que estaba tan caliente que me quemó la lengua.

Le eché una lenta mirada al restaurante, eran las nueve y media, y el local estaba lleno, todas las mesas ocupadas, la mayoría eran jefes de empresas que pasaban a tomar un cafecito antes de llegar a sus oficinas.

El desayuno duró unos cuantos minutos. Sadot debía reunirse con O’Farril y yo tenía que escribir mis artículos. Pagó la cuenta y al levantarse dijo que nos veíamos al rato en el periódico.

Aquel hombre se alejó lentamente, caminaba como si en su espalda cargara sacos llenos de arena y que por el esfuerzo terminaría por caerse en el asfalto.

Yo todavía no terminaba el café, quería alargar aquel momento unos minutos más. Volví a las páginas de *Milenio*. ¿Cuántos años tenía ese periódico? Iba a cumplir tres años, apenas había nacido y *Novedades*, con más de 60 años de vida, iba a desaparecer en unas cuantas horas; le di el último sorbo a mi café, me puse de pie y caminé hacia el diario, ahí me encontré con Arturo, de seguridad, quien me saludó e hizo un comentario: esto se termina hoy.

Recordé que los hijos de O’Farril estaban esperanzados en heredar toda la empresa, pero Don Rómulo no lo pensaba así: tenía la intención de cerrarlo y ya, no quería alargar su agonía y la de sus trabajadores.

Inicié el acostumbrado recorrido hacia la redacción: su largo y oscuro pasillo, los elevadores que por regla general uno de ellos siempre estaba descompuesto. Antes de poner los pies dentro del ascensor, aparecieron las tres compañeras de *The News*, me saludaron en una especie de español, inglés, coreano y japonés.

Una vez ahí, se pusieron a platicar. Dos de ellas estaban a mi izquierda y la otra a mi derecha. No entendí nada de lo que decían, solamente me daba cuenta que se volteaban a verme y se reían. En esos momentos, sentí que servía de diversión para aquellas chicas. Por suerte sólo fueron unos segundos, llegamos al tercer piso y salieron del elevador, se despidieron de mí lanzándome tres besos.

¿Sabrían ellas que también *The News* desaparecería? Al parecer, eso no les importaba mucho porque no dejaban de reírse a cada instante. Era algo que siempre me llamó la atención, ¿cómo es que O'Farril tenía a ese ramillete de muchachas asiáticas, revueltas con canadienses y estadounidenses, cuando el rumor era que ninguno de ellos tenía los papeles en regla para trabajar en nuestro país? Y además, de periodismo sabían lo que yo del idioma japonés y coreano.

Cuando llegué a la redacción, mis compañeros ya estaban en las computadoras, escribiendo, haciendo llamadas y preguntando a todos: ¿qué pasa? ¿Lo cierran o no? A las siete es la reunión en las oficinas del sindicato, no lo olviden, hay que estar presentes.

En la puerta de la jefatura de información habían colocado una circular que decía: compañeros trabajadores, se les anuncia que a las siete de la tarde se llevara a cabo una sesión extraordinaria en las oficinas sindicales, es importante contar con la asistencia de todos los trabajadores.

Hice la misma rutina de todos los días: me senté y comencé a escribir. Como era fin de año la mayoría de la información se encontraba en unos comunicados de prensa, pero también contaba con dos entrevistas. Una era con un catedrático de la UNAM, de la Facultad de Ciencias Políticas y otra con un representante de una organización estudiantil.

A las doce del día, llegaron otros compañeros, también estaban inquietos, nerviosos, me preguntaron si sabía algo, si cerraban o no el periódico. No sabía nada, les decía y me miraban con incredulidad. ¿Cómo, si tú eres el principal amigo de Sadot? El ya debía de haberme informado algo. Pero no, no sabía nada y se alejaban de mí.

Sin embargo, todos estaban enterados de que O'Farril Jr. no daría marcha atrás. Aunque ninguno quería matar esa última esperanza en la que el dueño de *Novedades* se arrepintiera y le otorgara un año más de vida al periódico. Pero Sadot fue claro en la plática que sostuve con él en la mañana: todo terminaba hoy.

A las tres y media de la tarde, con la redacción llena de reporteros, fui testigo de cómo se desbordó la desesperación y a cada lugar que volteaba podía observar los rostros de preocupación, de impotencia. Algunos reporteros habían decidido olvidarse de sus notas. Iban de un escritorio a otro, preguntando lo mismo: qué sabes, tú sabes algo y las respuestas que escuchaban ni siquiera servían para calmar su incertidumbre.

Mis compañeras de finanzas tenían los ojos rojos, no pudieron contener el llanto y se retiraron al sanitario, porque nada más veían que alguien se acercaba para preguntarles y ni una palabra decían, sólo se soltaban a llorar.

Ante aquel escenario, mejor me fui a comer. En la calle me comí una hamburguesa, para no tardarme mucho. En menos de 20 minutos ya estaba otra vez en *Novedades*, con los restos de la salsa de tomate en mi boca y en mi camisa.

Una reportera se enfadó conmigo por la tontería de irme a comer en un momento tan complicado. No la tomé en cuenta y decidí terminar mi trabajo. No pude hacerlo, porque a las cinco de la tarde era tal la inquietud, el ambiente en la redacción estaba sobrecargado de nerviosismo, de tensión, que cualquier intento por cumplir con mis notas terminaba con la frustración de que todo el trabajo resultaba inútil.

Por fin, llegó el momento de la junta sindical. La redacción se convirtió en una verdadera olla de grillos, se escuchaban todos los comentarios, las preguntas, se sentía el fin de ese pequeño mundo que era nuestro periódico. En unos minutos todos se convirtieron en viciosos, pues la mayoría afirmaba que ni fumaban ni tomaban café, pero el humo que producían los cigarros era insoportable y las tazas de café se acumulaban junto a las computadoras.

Unos cuatro minutos antes de las siete, abandonamos la redacción. Antes de salir, Sadot me llamó y a escondidas me enseñó una copia del editorial de despedida. Era un texto de cuatro cuartillas, de párrafos perfectos, bien estructurados, de una redacción pulcra, en donde O'Farril daba a conocer los motivos que lo llevaron a cerrar el *Novedades*. Era el acta de defunción de nuestro periódico.

En el auditorio del sindicato no cabía nadie más, estaba a reventar, repleto de trabajadores hasta las lámparas. Tuvimos que esperar al líder por una media hora, hasta que apareció con su flamante traje azul, sin una arruga, pero toda esa elegancia contrastaba con su enojo, con su quijada apretada, incluso parecía que su bisoñé estaba a punto de caerse de su cabeza.

Alguien dijo en voz baja que nuestro líder se la pasó todo el día con O'Farril, tratando de convencerlo de que no cerrara el periódico. No consiguió nada. La sesión inició con el protocolo de firmar las hojas de asistencia, trámite que rápidamente quedó cumplido: los 264 trabajadores sindicalizados estaban presentes.

Por fin, a las ocho de la noche, la mesa directiva anunció que existía el quórum necesario para la sesión extraordinaria y el jefe del sindicato dio a conocer el resultado de la reunión que tuvo con los dueños del periódico.



- Quiero informarles que después de horas de negociación con O'Farril, me dio la mala noticia de que nuestra fuente de trabajo desaparece. Alcanzamos el acuerdo de que a todos los trabajadores se les liquidara con el 100% de prestaciones. Mañana es el último día que sale el periódico. El tres de enero nos presentaremos para cobrar nuestra liquidación. Es todo compañeros.

Al terminar su intervención, pasamos a un estado de alarmante desesperación, pues se lanzaron mentadas de madre, lamentos, se derramaron lágrimas y, por último, apareció la inevitable resignación. Afuera del auditorio, aparecieron los reporteros de otros medios, para cubrir la noticia de la desaparición de *Novedades*.

La primera nota la dio *Radio Red*: así es, Martín Espinosa, en estos momentos acaban de anunciar que el periódico *Novedades* sale de la circulación y podemos ver a como algunas reporteras de este diario estallaron en llanto. Vamos a acercarnos al líder sindical para que nos informe sobre lo que va a pasar con los más de 250 trabajadores de esta editorial.

Yo inicié mi retorno a la redacción para terminar las notas que había dejado pendientes, cuando una reportera de *El Herald de México* me alcanzó y me preguntó sobre lo que había pasado. Le dije que ya no existía nuestro diario y que mañana aparecía el último ejemplar. Me dio las condolencias y reinicié mi camino hacia el periódico.

### **La última nota**

Comencé a redactar mi última nota a las nueve de la noche. Escribí el título, tecleé mi nombre y empecé a sacar las ideas de la cabeza de forma rápida, ágil, en menos de 20 minutos ya estaba todo concluido, ni en mis mejores días conseguí redactar tan rápido una noticia.

Después, al enviar la nota, pensé: en unas cuantas horas ya no tendré que hablar a la medianoche por una orden de trabajo, ni cubriré eventos, ni conferencias de prensa. Tampoco recibiría más órdenes por parte del jefe de información o de los editores, ni mucho menos sonaría el celular cada minuto para exigirme adelantos. Ya no habría nada.

Estaba triste, pensativo, meditabundo, a unas cuantas mesas, otra compañera escribía su nota sobre las protestas campesinas, parecía que estábamos en competencia por ser los últimos en redactar las noticias del diario. Pero ella terminó primero.

De pronto, apareció Sadot. En menos de un día había envejecido enormemente, en su rostro se veían las ganas de que todo finalizara ya y comentó: “buena nota. La acabo de leer, por lo menos al final demostraste de que sí eras un reportero”.

Me dio la espalda y se despidió. Fue un adiós para uno de sus soldados, ya que Sadot siempre consideró a sus reporteros como soldados y siempre que fallaban, se comportaba con ellos peor que un general: gritaba y gritaba, para que a los dos días, cuando se le había pasado el coraje, te volvía a incluir en su ejército, como si nada hubiera pasado.

Al realizar mi recorrido por las distintas áreas del periódico, me pareció escuchar voces, una especie de susurros, que seguramente se debía a que los impresores estaban dándole los últimos toques a la edición final, pero ellos se encontraban en el sótano, junto a las rotativas.

Entré a la sala de edición. Las luces aún estaban encendidas, en la mesa se encontraba un montón de hojas en completo desorden. Y entonces me pregunté: ¿en dónde quedó toda la actividad del *Novedades*, el ir y venir de reporteros, el escándalo de los teléfonos, los gritos de los jefes, las grabadoras, los cassettes con las entrevistas, las protestas de los correctores? Todo desapareció en un solo día.

Por último, tomé el camino que me llevaría a la salida. De nueva cuenta recorrí los pasillos, que en esa ocasión se me hicieron mucho más largos que de costumbre. Afuera, la noche de invierno era fría, helada. Me encontré con Rosa, una de mis compañeras y me ofreció un aventón hasta mi casa. Acepté.

El automóvil se deslizó rápidamente por las solitarias avenidas de la ciudad. Era fin de año y los adornos decembrinos aún estaban colgados en las ramas de los árboles y en los postes del alumbrado público. En el trayecto comenzamos a hablar sobre nuestro *Novedades*. Nos contamos nuestras mejores anécdotas, mismas que nos provocaron algunas risas.

Como la vez en que partí a una gira de trabajo con la presidenta del PRD, Rosario Robles. En esa ocasión Sadot estaba enojado conmigo y además de la gira con la presidenta perredista puso en mi orden de trabajo varias conferencias de la UNAM y la UAM. Yo no sabía que tenía que ir a Guerrero con la perredistas, me enteré de ese problema justamente en la mañana, cuando abordé un autobús con rumbo a la sierra guerrerense.

La gente recibió a Robles con aplausos y comidas; recorrimos como cuatro pueblitos y la jornada se alargó demasiado, tanto que llegué a la ciudad de México a las nueve de la noche. Todavía pasé al periódico para entregar mi nota, pero me preocupación era cómo recuperar la otra información.

Me sorprendió saber que Rosa me ayudó y las notas ya estaban listas. Cuando Sadot vio que había conseguido todo lo que puso en mi orden de trabajo, se enojó más conmigo, pero no me preguntó cómo cumplí con mi trabajo.

Llegamos a mi casa pasadas las tres de la mañana. Me despedí de ella y me dormí por tres horas. Al despertar, encendí la televisión y en el noticiero de Brozo dieron la noticia de que había concluido una etapa en el periodismo mexicano, con más de 60 años de historia, *Novedades* había desaparecido por órdenes de Rómulo O'Farril Jr.

Regresé a la empresa el 3 de enero de 2004. Ahí encontré a los reporteros y administrativos esperando su liquidación. Yo me puse a platicar con mis compañeros, alguien soltó la idea de juntar las liquidaciones y comprar el periódico, pero nadie le hizo caso. A las doce del día, subí al décimo piso, me pidieron mi credencial y firmé varios papeles para iniciar los trámites de mi correspondiente finiquito.

Me entregaron mi cheque, lo guardé en un cuaderno y todavía di una vuelta más por los enormes pasillos del edificio. En el sótano encontré al enorme monstruo de las rotativas. ¿Qué harían con esa maquinaria? No había más periódico que imprimir, aunque quedaban *El Libro Vaquero* y un puñado de revistas que dejarían muy buenas ganancias a O'Farril Jr.

Esa fue la última ocasión que estuve dentro del edificio de lo que conocí como *Novedades*. Abandoné aquel lugar con mi cheque bien escondido entre mis cosas, me detuve por unos instantes ante la placa que está en uno de los muros de la construcción y que dice que la primera piedra del edificio fue colocada por el general Porfirio Díaz.

Nunca más volví al *Novedades*. He pasado cerca de ahí, cuando la casualidad me ha llevado a recorrer viejos caminos y a visitar aquellos lugares. Siempre que estoy cerca recuerdo que fui testigo de cómo más de 60 años de vida de un periódico desaparecieron lentamente una noche fría de invierno.

# **Capítulo V**

## **El PRD: La Fuerza del Sol, órgano informativo de cooperación voluntaria**

## **EI PRD**

No conocía nada de la *Fuerza del Sol*, publicación semanal del Partido de la Revolución Democrática en el DF, sólo que era de cooperación voluntaria, que se distribuía en el metro y en las plazas públicas. Hasta que recibí una invitación por parte de la secretaria de Prensa y Propaganda, Tania Roque Medel, y del editor del diario, Abel Munguía Salazar.

En la primera entrevista que sostuve con ellos, me explicaron que lo que buscaban era darle un poco de más profesionalismo a la *Fuerza del Sol*, ya que las personas que regularmente escribían para la revista ni eran reporteros ni mucho menos eran escritores, eran políticos y militantes que entregaban artículos llenos de ataques a personajes como Carlos Salinas de Gortari y Vicente Fox.

Ante tal situación, se requería de una persona profesional, que pudiera redactar, corregir y editar los principales textos que se publicarían en el semanario del PRD. Fue entonces cuando una tarde de agosto de 2002 empecé a trabajar para los perredistas.

En una casa de cinco pisos ubicada en Jalapa 88, colonia Roma, conocí las entrañas del Partido de la Revolución Democrática. La primera vez, siempre hay una primera vez, encontré en la fachada del edificio los anuncios de marchas, mítines, discursos, era un mural impresionante que servía como información para todos los simpatizantes del partido.

Después, me topé con los restos del último número de *La Fuerza* en un escritorio para que la gente se lo pudiera llevar. Tomé un ejemplar, lo revisé rápidamente, no me gustó su contenido, y subí por las escaleras hasta llegar al segundo piso, donde conocí al equipo que se encargaba de editar el periódico.

Por supuesto que los integrantes no eran profesionales del periodismo. Si bien recuerdo, eran dos diseñadoras, otra persona que supuestamente realizaba reportajes, Abel, Tania y yo. Nada más.

Aunque después me enteré que la nómina de la Secretaría de Prensa y Propaganda estaba llena de aviadores, de becados, que no realizaban ninguna actividad específica, sólo se aparecían los días de pago y listo, nunca más los volvíamos a ver hasta la próxima quincena.

Con el tiempo comprendí que ésa era una práctica muy extendida en el PRD, pues a todos los secretarios se les asignaba una bolsa para gastos, que generalmente rebasaba los 300 mil pesos al mes y que luego el secretario se encargaba de repartir a su grupo político. El PRD estaba llenó de aviadores que no trabajaban, pero cómo cobraban.

Mientras, yo comenzaba a enfrentar los inconvenientes de trabajar en un medio llamado independiente, además de que los recursos financieros se gastaban en cumplir con los compromisos políticos: falta de computadoras, sin archivos documentales que sirvieran de apoyo y una enorme desorganización en el momento en que tomaban las decisiones sobre los artículos que debían de estar en *La Fuerza*.

Como medio de comunicación del PRD, teníamos que cumplir con una serie de líneas políticas, algunas bastante ridículas, como la de nunca criticar a Andrés Manuel López Obrador, por lo que cada semana resumíamos sus discursos y en la portada teníamos que colocar una imagen de él.

En el equipo de trabajo sólo Abel y yo habíamos ejercido el oficio del periodismo. Sin embargo, debido a mi experiencia como reportero, la responsabilidad cayó sobre mí, pues revisaba los artículos de todos los colaboradores; investigaba sobre distintos temas, tanto políticos como sociales; escribía reportajes, hasta repartía propaganda del partido y asistía a mítines como personal de apoyo.

Al principio, yo sentía que mis textos eran equilibrados, que a pesar de estar en el PRD no caía en la retórica de que nosotros éramos los buenos y los demás los malos, pero recibía de parte de mis compañeros la crítica de que mis artículos carecían del mensaje político tradicional del PRD, que no tomaba en cuenta los argumentos que servían de base para difundir la lucha social.

Pero como yo leía prácticamente todas las notas que enviaban los líderes y los simpatizantes perredistas, por más que intentaba nunca encontré aquel mensaje político del que tanto presumían. Al contrario, nuestros colaboradores solamente se dedicaban a descalificar al gobierno federal y a sus representantes.

Así, vi como convertían a Vicente Fox, a Ernesto Zedillo, a Carlos Salinas en ladrones, corruptos, mentirosos, bandidos, pero al discurso le faltaba sustento. En la mayoría de las líneas de aquellos artículos estaban ausentes los conceptos ideológicos que se suponía enarbolaba una fuerza política de izquierda moderna.

Y como parte del extenso grupo de colaboradores que teníamos aparecían, de vez en cuando, jóvenes de Neza, integrantes de un llamado taller del Perro, dedicado al periodismo. Ellos dejaban en nuestra oficina artículos sobre rock y delincuencia. A pesar de sus limitaciones, sus ideas eran un poco más coherentes que los argumentos que utilizaban los políticos del PRD.

La rutina de trabajo era sencilla: *La Fuerza del Sol* se publicaba los miércoles, entonces, el jueves discutíamos los temas, para que el viernes, sábado y domingo se investigara. Después, lunes y martes corregíamos, editábamos, para enviarlo a imprimir a los talleres de *La Jornada*.

Muy pocas veces se cumplió con el horario de trabajo establecido por Abel, ya que ni jueves ni viernes se tenían los temas a tratar; se perdía el tiempo en arreglar la oficina; en atender a compañeros que iban a pedir informes, entre otras actividades. En realidad, sólo ocupábamos dos días para hacer el periódico. Lunes y martes hacíamos todo.

Llenábamos 12 páginas de discursos perredistas, escribíamos sobre el avance de la izquierda, hablábamos de democracia, de la lucha contra al neoliberalismo. Por más que se intentaba organizar al periódico, siempre, invariablemente, terminábamos en lo mismo: lunes y martes trabajando a marchas forzadas para tener lista la dichosa *Fuerza del Sol*.

El periódico en sí no dejaba gran cosa al partido. Según me contó Abel, la idea de tener una publicación nació con Dolores Padierna, cuando tuvo una fugaz estancia en la secretaría de Prensa. Todo nació porque al Instituto Electoral del DF le exigió a todos los partidos contar con un medio impreso que facilitara la difusión de sus plataformas políticas entre los capitalinos.

Padierna hizo una hoja informativa. Nunca pensó en convertirla en un periódico. De un lado se escribía un editorial y se presentaban una serie de noticias breves, de dos párrafos; mientras que del otro lado se colocaban unos dibujos, una historieta, que casi siempre trataba sobre un acontecimiento de la vida nacional.

Con el paso del tiempo, se llegó a la decisión de convertirlo en un periódico de 12 páginas. El encargado de tal tarea fue Raúl Bautista, el famoso *Superbarrio*. El le dio un tinte más político al semanario, lo llenó de discursos radicales y, de acuerdo con su particular opinión, durante su administración *La Fuerza del Sol* se convirtió un verdadero medio alternativo de comunicación.

Cuando yo llegué al PRD, este semanario iba a cumplir 10 años de existencia. Era 2003, contaba con un recurso de aproximadamente 90 mil pesos mensuales para la impresión de 45 mil ejemplares.

Según Tania existía la intención de eliminar el semanario y sacar una publicación que fuera más útil al partido, ya que los líderes perredistas consideraban que aquel periódico de 12 páginas sólo servía para derrochar el presupuesto.



## Los perredistas

A lo largo de dos años y medio que estuve en el PRD me fue posible observar cómo se disputaban el dinero los perredistas. En Prensa y Propaganda aparecían todo tipo de personajes con la intención de colaborar en el periódico, traían su texto y preguntaban cuánto les iban a pagar.

Yo llegaba a la oficina alrededor de las nueve de la mañana y desde esa hora era testigo del ir y venir de gente que afirmaba ser miembro de tal corriente, que venían de los *Chuchos*, *los Amalios*, *los cardenistas*, que necesitaban hablar con Tania para quedar de acuerdo con el dinero que mensualmente se destinaría por sus colaboraciones.

Tania intentó acabar con esa costumbre y afirmó que el partido ya no pagaría más a los que se decían colaboradores. Sin embargo, los compañeros seguían apareciendo en busca de una oportunidad para hacerse de recursos de la manera más fácil, que era escribiendo para la *Fuerza del Sol* y no pedían poco, exigían de cinco mil a diez mil pesos al mes por sus ideas, y que además este monto aumentaría en periodo de elecciones, porque necesitaban más recursos para moverse por la ciudad y así convencer a la gente de las bondades del proyecto político del PRD.

En alguna ocasión, mientras esperaba la hora en que una de las computadoras estuviera libre, atendí a un compañero que traía un artículo importantísimo para el PRD y la vida del país.

Se llamaba Manuel, vivía en un barrio de Iztacalco y durante años había trabajado como editor del boletín *Lucha de clases, por el bien del pueblo*. Este personaje entró a la oficina y colocó sobre el escritorio unos treinta ejemplares de su publicación, para que se repartieran a la gente del partido.

El boletín estaba integrado de artículos y caricaturas tomadas de *La Jornada*. El único texto hecho por Manuel era un editorial donde afirmaba que Vicente Fox no lograría callar la voz de la gente democrática e invitaba a dejar de consumir Coca-Cola y los alimentos chatarra que producían esos asquerosos neoliberales.

Manuel era director, reportero y distribuidor de *Lucha de clases*. Además, sacó de su maletín cinco hojas, las acomodó, les echó una última ojeada y las colocó frente a mí.

- Es un artículo para *la Fuerza*. Es para enfrentar a esos malditos neoliberales, que sólo le roban al pueblo.

Lo empecé a leer, todavía no terminaba de tratar de entender los primeros párrafos cuando me dijo:

- ¿Cuándo lo publican? Pues necesito venir a cobrar lo más pronto posible. La próxima semana les traigo otro, para que vayamos cubriendo bien las noticias del DF.

Me quedé sorprendido, porque el hombre tenía la seguridad de que su texto iba a ser publicado y que le iban a pagar por ello. Le expliqué que debíamos de leer el artículo, que entonces se analizaría la posibilidad de darle un espacio en el periódico, pero que el partido no estaba en condiciones de pagarle algo por su escrito.

El perredista no quedó convencido e insistió:

- Yo lo escribí, ¿no sabe quién soy yo? Soy de un barrio de Iztacalco, una persona importante del PRD. Yo fui uno de los fundadores del partido y tengo en mi poder cartas de Cuauhtémoc Cárdenas y otros líderes sociales que apoyan mi lucha por la democracia. ¿Escuchó bien? El mismísimo Cárdenas me apoya. Así que, ¿cuándo sale mi artículo?, porque puede hablar con Cárdenas para que vea que no miento.

Le volví a explicar que teníamos que leer el artículo y después se tomaría una decisión.

Aquel líder social sencillamente se enfureció y me lanzó una advertencia:

- Ustedes están para atender al pueblo, no para burlarse de él. Mi artículo es importante para el país. Voy a ir con el ingeniero Cárdenas para que se entere de su actitud y lo expulsen del partido.

Tomó su texto y salió de la oficina echando pestes contra mí. Todos voltearon a verme y me dijeron: no te preocupes, eso pasa todos los días. La verdad, ni me preocupé, podían echarme del PRD a la hora que quisieran, porque ni siquiera estaba afiliado al sol azteca.

Aquella aventura volvió a suceder en otra ocasión. Al día siguiente se pareció otro compañero, con otra hoja informativa y nos pedía de favor de que el partido se encargara de publicar su hoja con la historia de los héroes patrios, para repartirla en las escuelas.

- Ustedes pueden imprimirlas y venderlas a un peso. Yo después pasaría por el dinero. Es un texto muy importante.

Le expliqué al compañero que el PRD no tenía dinero, por lo que difícilmente imprimirían su hoja informativa. El pobre hombre mostró su decepción y salió de la oficina alegando que cómo era posible que una organización política no pudiera cubrir los costos de algo tan sencillo, sobre todo cuando era un trabajo que beneficiaría al pueblo de México.

Y todos los días tuve que lidiar con aquellos personajes que venían de alguna colonia popular, con sus intenciones de que el PRD los ayudara a cumplir con su sueño periodístico, a lo que Tania Roque daba siempre la misma orden: nada de apoyos para esos proyectos.

Sin embargo, la oficina se llenaba con estos personajes e, incluso, sacaban credenciales para decir que eran periodistas, aunque el documento tuviera un sello falso y ellos mismos firmaran como los directores de las revistas en donde trabajaban.

Esa tarea la realicé durante todo mi estancia en el PRD. Aunque algunos se iban contentos porque les prometía que haríamos todo lo posible por publicar su texto; otros, como el Manuel, se iban molestos, con la advertencia de que moverían sus influencias para que me expulsaran del partido.

Sin embargo, Tania llegaba a acuerdos con personas de distintas corrientes del PRD para que publicáramos sus artículos. A estos líderes sí se les pagaba, porque más adelante ella les cobraría el favor. Por un lado, decíamos no a las colaboraciones, pero por otro lado se tenían convenios con varios perredistas importantes, todo para subir hacia los principales puestos de dirección del partido.

También tuve que enfrentar a los compañeros que aparecían con las más disparatadas publicaciones que hubiera visto en mi vida. Así, de Ecatepec venía un tipo llamado Marmolejo con un periódico llamado *El Chile*, que lanzaba toda clase de denuncias en contra de los gobiernos priistas en el Estado de México.

Un anciano traía su folleto de Azcapotzalco. Una señora traía una hoja informativa de Gustavo A. Madero y de las 16 delegaciones llegaban todo tipo de propaganda, revistas, periodiquitos, muchos de ellos pagados con los recursos de la propia gente, y decían que eran reporteros, no porque hubieran estudiado en una universidad, sino por haber denunciado las atrocidades cometidas por los políticos del PAN y PRI.

Y como publicaban un periódico, pues tenían el derecho de llamarse reporteros.

### **En campaña**

Hay una etapa muy importante en el PRD: las elecciones, donde surgía su razón de ser, en campañas políticas que gastaba y gastaban dinero hasta hartarse. Yo estuve en las elecciones intermedias de 2003 y fueron cuatro meses de intenso trabajo, pues había que cumplir con eventos, conferencias y repartición de propaganda.

Nuestra oficina se convirtió en un cuarto de guerra, donde pensábamos las mejores estrategias para que la gente votara por nuestros candidatos. Fue una tarea muy cansada, pues a la Secretaría de Prensa le tocó la obligación de realizar parte de las campañas de los 16 candidatos delegacionales. Nosotros producíamos periódicos, volantes y mantas, además de repartirlos para los eventos y mítines de los aspirantes.

La primera tarea de nuestro equipo de campaña fue la recolección de los currículos de cada uno de nuestros aspirantes a delegados, así como de sus propuestas principales. Yo les hablé a todos para que me enviaran por correo esa información, para hacer una especie de hoja informativa de cada uno de los candidatos.

No hubo gran problema con los datos personales, no faltaba el aspirante que no tuvo estudios profesionales y que nada más cursó la primaria. El gran conflicto se generó con sus propuestas de gobierno. Todos prometían mejor educación, servicios de salud eficientes, pensiones para ancianos, pero lo hacían con la misma frase: *Todos somos Andrés Manuel López Obrador.*

Antes del nombre del abanderado perredista, Andrés Manuel; antes de las propuestas, Andrés Manuel; en los discursos todos decían: *como lo propuso Andrés Manuel en su gobierno democrático, yo continuaré con la pensión a los ancianos; crearé trabajo para las mujeres embarazadas y crearé más preparatorias*. Un candidato a diputado local se atrevió a presentar como grito de batalla la frase: *el pueblo es Andrés Manuel, Carlos Gámiz es Andrés Manuel*.

Pregunté si eso era válido, pero como la estrategia era colgarse de Andrés Manuel, pues había que seguirla. La primera vez que estuve en la campaña fue en un evento en el que hubo que repartir propaganda, cerca del metro San Joaquín. La noche anterior colocamos mantas, carteles y un pequeño módulo de atención ciudadana, con la orden de repartir más de 20 mil volantes.

A las nueve de la mañana, nos dieron camisetas con la imagen de Andrés y empezamos con el acto político. Aunque tuvimos que esperar a Martí Batres Guadarrama, por ese tiempo subsecretario de gobierno del DF, pues daría el arranque de las brigadas de volanteo. Llegó tarde. Lo esperamos dos horas. Cuando por fin apareció, hizo algunas declaraciones ante medios y comenzamos la repartición de volantes.

Yo estaba en una esquina, con mi paquete de volantes, esperando a que el alto detuviera a los automóviles. Cuando lo hacían, me acercaba y amablemente les entregaba a los conductores la hoja con las propuestas de campaña.

No recuerdo cuantas horas estuve en esa avenida, pero sí me di cuenta que los líderes perredistas nada más vieron que la prensa se retiraba, hicieron lo mismo. Nos dejaron a todos los compañeros para que termináramos con aquella actividad política. Al final de la jornada, me senté a descansar en una banqueta y vi que los demás ya se habían retirado. Fui él único que repartió todos sus volantes.

Después, vinieron otros actos un poco más importantes: un tianguis cultural en el camellón de Álvaro Obregón; un concierto cerca del Monumento a la Revolución con motivo del aniversario del PRD; así como un número indeterminado de marchas en el Zócalo capitalino.

En mayo y junio estuve prácticamente acuartelado en las oficinas del PRD, ayudando al diseño de propaganda y hojas informativas, además de servir en algunos momentos de reportero. Para cumplir con toda la labor electoral, partidaria y demás, se hizo un pequeño calendario de actividades.

Tania Roque decidió darle tareas específicas a cada uno de los miembros de la secretaría, que debían de atenderse religiosamente cada día, cosa que por desgracia nunca se cumplió. Aquel calendario quedó archivado en un cajón de su escritorio.

Todo porque las órdenes cambiaban con el transcurso del día. Si en la mañana acordaban realizar una marcha del Ángel de la Independencia al Zócalo, al mediodía se rompía el acuerdo y la movilización se suspendía hasta nuevo aviso. Pero en la tarde, decidían que sí era viable realizar la marcha y volvían a convocar a los contingentes para que se reunieran dentro de una hora en el lugar donde se había acordado la cita.

Un problema similar se vivía con los desplegados y los volantes. Recuerdo que en cierta ocasión llegó la prueba para el volante del candidato Francisco Suárez. Era un díptico en apariencia normal. La foto del candidato tenía buena definición, los colores del volante estaban bien impresos. Tania estaba contenta con aquel trabajo, hasta que me lo dio para que revisara el texto.

No me tardé mucho en corregirlo, no había muchos errores, solamente hice una observación: es demasiado texto, es difícil de leer, las letras están muy pegadas y la verdad, se necesitaría de una lupa para poder entenderlo.

Mi jefa se enojó, me recriminó aquella opinión y afirmó que yo carecía de experiencia en campañas políticas. La costumbre era que mientras más ideas se difundieran en los volantes, la gente conocería a fondo las propuestas del candidato.

Ya no dije nada. Ella tal vez tenía razón. Yo no sabía nada de campañas políticas, era la primera vez que participaba en una. El díptico se envió en la tarde al candidato. Todo parecía estar bien, pero en la noche una llamada de Francisco Suárez detuvo la posible impresión del volante: pedía que le quitaran texto, porque no se podía leer.

No quedó de otra que aceptar mi sugerencia y eliminaron varias líneas hasta que el documento estuvo listo. Tania todavía me pidió que le diera otra leída. Lo volví a hacer. Listo. Era posible leerlo.

Después, la campaña continuó sin muchos sobresaltos. Se veía que el PRD arrasaría en la capital del país. El único conflicto se vislumbró en Miguel Hidalgo y Benito Juárez, donde el PAN llevaba la delantera.

A lo largo de la campaña realicé como veinte reportajes sobre los actos de campaña. Me decían en qué lugar se desarrollaría un encuentro con los candidatos, en donde mi única labor era grabar los discursos y hacer una crónica del evento.

La campaña finalizó y se cumplieron los pronósticos: el PRD ganó sin ningún problema. Mayoría absoluta. Sacamos un número especial del triunfo. En la portada pusimos una foto de una enorme manifestación en la Plaza de la Constitución, con el título de *¡Ganamos, no les fallaremos!*

## Los políticos

Muchas veces me enfrenté al enojo de los perredistas, ya fuera diputado o líder de una organización social, solamente porque no aceptaba sus opiniones. Hubo entrevistas que nunca se terminaron porque a algunos políticos del PRD no les gustaban mis preguntas.

Intenté entrevistar a Pablo Gómez, diputado y líder del 68. Me dijo que no tenía tiempo, que estaba legislando para solucionar los problemas de México. Nunca conseguí una declaración de él.

Entonces, fui con otro líder de la izquierda: Salvador Martínez Della Roca. El sí aceptó la entrevista. Recorrí media ciudad para llegar a la delegación de Tlalpan, me recibió en su despacho, estaba tomando ron, con sus clásicos lentes oscuros y su rostro era el fiel reflejo de que padecía una cruda mortal.

La entrevista solamente duró 20 minutos. Terminó abruptamente cuando le comenté que los ideales del movimiento del 68 se diluían poco a poco con el transcurso de los años y que los antiguos líderes tomaban esa bandera nada más cuando les convenía a sus intereses particulares.

Ya no me contestó nada. Solamente me dijo:

- Tengo una serie de reuniones que atender. Ya no puedo perder mi tiempo.

Tomó un trago, se levantó de su asiento y se fue sin despedirse de mí. Su asistente me indicó bruscamente la salida, pero me comentó que ese tipo de preguntas no eran las adecuadas para un luchador social como Salvador Martínez Della Rocca.

Luego tuve un enfrentamiento con Raúl Bautista, el famoso Superbarrio. No por una entrevista, sino por el periódico. Una tarde llegó Raúl Bautista a la oficina a platicar con Tania y con el grupo que se encargaba de editar *La Fuerza del Sol*. Nos calificó de burgueses, de que el periódico había perdido toda su imagen de medio alternativo de comunicación y ahora sólo se conformaban con publicar notas frívolas.

Sobre todo, a quien más atacó fue a mí. No me consideraba un reportero comprometido con las causas sociales, que mis notas y reportajes no contribuían al debate democrático en el país, ni mucho menos informaban a la gente.

- Su reportero es un escritor sin ideología de izquierda. Nunca debió de entrar a la *Fuerza del Sol*.

Acepté de pie aquella crítica lapidaria sobre mi trabajo. Iba a defenderme cuando Tania y Abel me indicaron que guardara silencio. Después de la reunión, Tania me hizo el comentario de que a una figura como Raúl Bautista no se le rebatía, pues su opinión significaba mucho para todos los integrantes del equipo de Prensa y Propaganda.

En pocas palabras, fui censurado. No me dieron la oportunidad de defenderme. Tania me pidió que tomara en cuenta la opinión de Superbarrio.

- Debes de tener más compromiso con las causas sociales, con la ideología del partido. Tiene razón. Tus textos carecen de nuestro mensaje político. Tenemos que volver a ser un periódico de izquierda.

Pero nunca entendí qué querían decir con lo del discurso de izquierda. Todo el tiempo cumplí con las órdenes de trabajar en artículos relacionados con los dirigentes perredistas. Corregía sus discursos, iba a actos masivos en apoyo de Andrés Manuel, me desvelaba semanas enteras por tener listos aquellos textos sobre la gente y sus necesidades. Pero decían que yo no me comprometía con el PRD y su causa.



Curiosamente, la única persona que demostró más tolerancia fue Cuauhtémoc Cárdenas. Lo entrevisté para el periódico y en ningún momento tuvo los desplantes en los que caían la mayoría de los perredistas.

Nunca pensé que entrevistaría a Cárdenas, sobre todo porque que no le gustaba *La Fuerza del Sol*, pues consideraba que no aportaba nada al PRD. Pero después de semanas de insistencia, el ingeniero aceptó ser entrevistado por Abel y por mí en la sede de la *Fundación por la Democracia*.

Cuauhtémoc Cárdenas nos recibió con una gran amabilidad, en ningún momento se sintió incómodo con las preguntas e hizo un acertado diagnóstico sobre la situación del país. Tal vez el único momento de nerviosismo fue cuando tocamos dos temas: si se lanzaría a una cuarta candidatura presidencial y su relación con Andrés Manuel López Obrador.

Su respuesta fue diplomática:

- No lo sé. Si hay condiciones democráticas para poder participar en la contienda, podría darse la posibilidad de presentarme nuevamente como candidato a la presidencia.

Y sobre Andrés Manuel sólo dijo:

- Es un miembro importante del partido y como todos los miembros del partido puede postularse como candidato. No lo veo como un adversario.

Así concluyó la plática. *La Fuerza del Sol* le dio el lugar que se merecía a un personaje como Cárdenas: la portada y las páginas centrales. Yo estaba orgulloso de la entrevista que habíamos conseguido. Sin embargo, para los demás miembros del partido fue una ofensa, pues consideraron que era darle una oportunidad a Cárdenas para lanzarlo a una nueva candidatura presidencial, cuando la mejor carta del PRD era López Obrador.

Faltaban tres años para las elección del 2006, pero una entrevista desató la furia del PRD en nuestra contra. Se llegó al acuerdo de que para equilibrar la situación era necesario tener una cita con el jefe de gobierno del DF. Pero Andrés Manuel nunca respondió a nuestra petición, por lo que el presidente y el secretario general del PRD en la capital del país escribieron unos artículos en homenaje al Peje.

Las críticas a mi labor como reportero de *La Fuerza* arreciaron con el paso de los meses. A principios de 2004 todos mis reportajes fueron sistemáticamente censurados, porque carecían del mensaje ideológico-político de izquierda. La situación empezó a ser insoportable, pues mi opinión sobre cualquier tema era desechada de inmediato.

Un buen día llegaron tres compañeros. Eran los nuevos reporteros. Aunque ninguno sabía de periodismo, fueron contratados porque eran amigos leales de Tania Roque.

Sólo era cuestión de tiempo para que fuera despedido. Eso ocurrió el 10 de junio, cuando Tania me llamó a una reunión privada. Ahí me comentó que había una reestructuración en el equipo, por lo que mis servicios ya no serían tomados en cuenta, pero que me pagarían una quincena más como una forma de agradecimiento al tiempo que estuve en Prensa y Propaganda.

Le pregunté por qué había tomado esa decisión. Su argumentación no me dijo nada nuevo:

- No te has comprometido con el partido. En tu trabajo hace falta más compromiso social, más relación con las luchas que desarrollamos por el bien del país. Además, muchos de los compañeros de la secretaría y del partido han criticado tu trabajo. No eres un buen elemento para el PRD.
- Tuvieron que pasar dos años y medio para que se dieran cuenta de eso, ¿verdad?

Ésa fue mi defensa. Me levanté, salí de su oficina y fui a recoger mis cosas. Guardé mis libros y mis revistas, también tomé un radio que había comprado. Era todo. Pero no contentos con despedirme de esa manera, todavía enviaron a un policía para que no me llevara ningún objeto que perteneciera al partido.

Recuerdo que en aquel momento sólo hubo silencio. Nada más sentí las miradas de los demás compañeros sobre mí, que se compadecían de mi situación, pero en ningún momento se acercaron para darme una despedida. Parecía que si me dirigían una palabra en ese mismo acto saldría Tania de su despacho para despedirlos también.

El 10 de junio se cerró otro ciclo de mi vida como reportero. Ya no escribí nada para *La Fuerza del Sol*. Ahí se terminó todo, me llevé mis cosas y un paquete de más de 200 números. Todo lo que hice en el PRD, horas y horas de escribir sobre política, se redujeron a 200 ejemplares de aquel periódico de cooperación voluntaria.

## CONCLUSIONES

Todo trabajo tiene que presentar una conclusión, aunque no sea definitiva. En el periodismo nada es definitivo, la realidad siempre cambia y debemos de tener la capacidad para asimilarla, para aceptarla o para renegar de ella. Mi realidad como reportero es muy distinta a la que viven otros compañeros y cada uno presentará su propia historia.

A mi parecer, el trabajo de un reportero debe ser el de escribir para un periodismo más analítico. Es cierto que debemos de subirnos al tren de la tecnología, aprovechar el Internet y todas aquellas herramientas que aparecen a cada minuto, pero no debemos de olvidar la lectura y la investigación.

En estos momentos considero que estoy en una etapa de transición, de aprendizaje, de búsqueda. Seguramente no volveré a encontrarme con periodistas experimentados que me enseñen a reportear, sino que ahora me encontraré con otra generación de comunicólogos, que están más apegados a la revolución tecnológica.

Después de que *Novedades* desapareció, he encontrado que los nuevos reporteros leen menos y tampoco tienen ganas de investigar. La mayoría busca una salida fácil, esperan cómodamente a que la información les sea entregada en la mano, sin esforzarse mucho.

No puedo dejar de mencionar que yo inicié mi labor en los medios cuando apenas empezaban a darse los cambios hacia un nuevo periodismo. Entonces tuve que aprender dos cosas: primero, a reportear con las viejas armas para buscar, minuciosamente, la noticia; a realizar investigaciones y entrevistas exhaustivas; notas informativas, reportajes, crónicas que permitieran al lector situarse a un paso de la realidad.

Pero también tuve que aprender el nuevo lenguaje: la tecnología, el Internet, los programas de diseño gráfico. Después de diez años en este oficio, ahora encuentro que todo ha cambiado y ahora los comunicadores se apoyan más en aquellos instrumentos que les permiten tener un acceso más rápido a la

información, sin analizar o debatir si la noticia que van a llevar a sus periódicos o programas de radio y televisión en realidad cumple con alguna función.

Pero esa es la nueva realidad. En cambio, yo aprendí de mis primeros años que debía de salir del periódico para encontrar la mejor noticia. Después, dejé de hacerlo. Fue un error de mi parte. Ahora es necesario reencontrar ese camino.

Por eso dividí este trabajo en dos partes: empecé como reportero, cubriendo con gran curiosidad todos los eventos posibles que estuvieran a mi alcance y terminé en una oficina de un partido político, sin reportear, haciendo entrevistas a políticos que realmente no decían nada.

Tuve la mala fortuna de participar en la desaparición de dos periódicos. Pero todas las enseñanzas que me dejaron no se han desvanecido y esos conocimientos se expresan a lo largo de este escrito. La mejor conclusión sería que no olvidemos la lectura, la investigación y el análisis para reportear. Todavía sucederán cosas nuevas en el periodismo, porque la realidad es cambiante y rica en acontecimientos nuevos.

# A N E X O

**EL UNIVERSAL**  
Mi primer artículo 9/02/1994

# Beatles, un viejo paquete de los años setenta

Por MARTIN LUVIANO GARCIA

**S**IEMPRE quise viajar en tren, dormir en alguna estación y continuar al día siguiente con la partida de un nuevo tren.

¿A dónde vamos? Me preguntó mi espíritu casero, el pobre también tiene derecho a expresar su opinión. Vamos hacia el Norte, a donde las vías de hierro oxidado se confundan con el universo; es un lento andar, se pueden contar a los burros, los postes de madera, los cerros pelones...

Este viaje comenzó en los suburbios de la música juvenil, esa música que nos hace voltear la memoria, divertimos de nueva cuenta con el Sargento Pimiento, la paz y el amor.

Aquí en México la Beatlemania sigue

lizó antes de acostarme... "Son palabras de un hombre de casi treinta y cinco años, aún conserva el pelo largo, es dibujante y no olvida el inicio de este viaje.

Asimismo, los cafés cantantes albergan a varios conjuntos que se encargan de difundir las letras de No me abandones, Déjalo Ser, Vengan Juntos, etc. Uno de estos muchachos, un incipiente baterista sustituto hizo el comentario, por el mes de diciembre, que el concierto de Paul resultó el más grande acontecimiento de su vida, que podía morir tranquilo pues presenció a un genio del siglo XX, pero que no sabe inglés. No entendió ni una palabra de lo ocurrido en el mismo, sin embargo, lo importante era estar ahí y no en otro lado.



Los Beatles

EL UNIVERSAL

presente, esta la pasión de un Graffiti, que a pesar de la falta de ortografía nos hace reflexionar. Todo lo que se necesita es hamor. Sí, alguien escribió amor con H, aunque no es importante castigarlo y borrar su obra, mejor admiremos su valor en la noche, cuando aprovechó la oscuridad para escribir una leyenda tan escuchada, taradeada, imitada, en fin, el irse de casa puede tener sus raíces en esta solitaria barda.

Es una leyenda (oración) que engloba todo un movimiento juvenil, que ahora ha encontrado eco en las chamarras y camisas negras. El retrato del hombre de cabello largo y clásicos lentes circulares, lo mismo lo portan ancianos, mujeres, adolescentes y músico. "Desde los años de infancia perdida uno se levantaba a escuchar el programa de Enrique Rojas, su información, las entrevistas; la primera canción que me atrajo a convertirme en fanático de los Beatles, fue ¡Hey Jude... Su consejo de cerrar los ojos y recordar una canción de los ellos, lo rea-

Son treinta y tantos años de los escabajos, que como el recorrido en tren, tiene altibajos. A veces resultaba aburrido apuntar los veintitantos sentidos a la imaginación de un mundo sin fronteras, o la repetitiva nota del yea-yea-ya. ¿Cuánto tiempo aguantará esta manifestación cultural? Ahora que todo se convierte en sonidos zetas e incluso se alega que si Inglaterra tuvo a sus Beatles; EU a Elvis Presley y México tiene, como respuesta, a ¿Bronco?

Hay manifestaciones contra la guerra y la canción de Lennon se oye, se recuerdan fechas, aniversarios, y el recuento de la historia es fantástico. Parece que este fenómeno nunca va a terminar, por eso el amor con H y la huida en tren, por que la amenaza musical de bandas y rapero camina sobre nuestros algidos y vulnerables gustos. Es el momento de no tener más noches solitarias y que la música de Los Beatles sirva para continuar nuestro eterno viaje en ferrocarril...



S  
le  
n-  
el  
n  
la  
n-  
s  
a-  
e-  
n-  
o-  
s  
io  
ji-  
de  
ir-  
ki-  
le-  
DS  
OS  
vi-  
ca  
ral  
m-



**REVISTA NUEVO SIGLO EL UNIVERSAL**  
Una de mis últimas colaboraciones 21/01/1996

## LA PINTA DE BARDAS



Imágenes de una ciudad que se funden y recrean

# MANIFESTACION DEL ARTE URBANO

Por Martín Luviano García

**S**obre Paseo de la Reforma, a la altura del Monumento a Cuauhtémoc, se localizan 11 murales, en una muestra artística urbana realizada por las Brigadas Bienestar. Es el trabajo de 200 muralistas que participaron en el proyecto Al Muro que me Pongan Pinto los artistas que forman parte de distintas instituciones educativas como la Academia de San Carlos, de La Esmeralda, además de pintores independientes y grafiteros.

Los murales que van desde un corazón de color rojo y azul, hasta una mano que sostiene los hilos del mundo y la imagen de un bebé en un planeta. El mural más grande muestra un conjunto de ángeles femeninos, un cielo azul y una escalera que invita al observador a subir y hacerles compañía a esos seres imaginarios.

Pero este no es el único lugar donde se encuentran los murales de las Brigadas Bienestar. Afuera del Metro Centro



Médico, una mujer duerme, su cuerpo es el tronco de un árbol y sus pies, las raíces en constante contacto con la tierra, y está acompañada por una serie de murales que hacen referencia a la muerte, al universo, a la vida.

La utilización de las bardas en la ciudad no se reduce a los motivos por campañas políticas, los anuncios de conciertos y festivales, a las protestas sociales, sino es además el espacio donde una mano desconocida plasma un dibujo, una figura, frases y leyendas.

La inspiración urbana cambió de aspecto, aun cuando no se reconoce siempre el valor del arte de muchos artistas y estudiantes; quienes presentan otra



El arte como forma de expresión sobre la vida cotidiana



visión de lo que ocurre en las calles, en los barrios, en toda la ciudad.

Lo que ayer era un espacio vacío, hoy es una pintura que se agrega al paisaje cotidiano y es posible encontrar al dar vuelta en una esquina.

Con el propósito de aprovechar el trabajo de los artistas jóvenes, se lanzó una convocatoria para invitarlos a formar parte de las Brigadas Bienestar y realizar murales en bardas de la ciudad de México.

Al Muro que me Pongan Pinto pretende hacer llegar a la población del Distrito Federal un mensaje en el que se muestren los problemas de esta gran urbe y la importancia de aspectos como la ecología, la paz, los derechos humanos.

Después de 60 días de trabajo, en que intervinieron más de 200 jóvenes, quedaron plasmados los murales en algunas partes de la metrópoli, obras

que van desde ángeles, rostros de niños, cuerpos de mujeres, corazones, paisajes surrealistas, imágenes de indígenas, aves y tigres, obras que dan un mensaje sobre la muerte, la vida, el amor, la guerra y la ecología.

El trabajo no ha concluido. El siguiente sitio será la Glorieta de Insurgentes, donde se verían diversas formas de expresión de los artistas.

Actualmente en el lugar que ocupaba la Refinería de Azcapotzalco se ubica un parque ecológico, donde no sólo se pintarán murales, sino que varios artistas cuentan con el material de desecho de dicha empresa para realizar esculturas que darán el aspecto de una ciudad futurista en el interior del parque; otras piezas escultóricas se donarán a parques y jardines del país, donde se exhibirán.



NUEVO SIGLO 25

**ETCÉTERA**

Mi fugaz etapa literaria 12/10/95

pueros cuentos

**A** cabo de recibir tu carta en la que expresas una viva preocupación por la entrada en vigor de la mentada Ley 187, la misma que va a quitar los servicios médicos, educativos y de empleo a los emigrantes mexicanos. Desde tu sorprendente partida a Los Angeles, nunca habías escrito, hasta hoy, cuando todo parece no tener solución; sé muy bien por qué lo haces: es pura desesperación, combinada con un miedo atroz, así te ponías cuando los momentos eran difíciles, y acudías a mí, la estudiante frívola, interesada en vestir como una reina, que estrenaba un vestido a la semana en una universidad de pobres, siempre luciendo los escotes abiertos para mostrar, según las opiniones de los compañeros, mis grandes y redondos pechos. Estoy segura que me buscabas para admirarlos mientras discutíamos sobre historia, matemáticas y de nuestra graciosa utopía de cambiar, no al mundo, si no a nuestro país.

No quiero reprochar nada; los momentos que pasamos juntos fueron buenos, vamos, te llevaste muchas intimidades a Estados Unidos; tú, el moreno de pelo grasoso. Aquí está el recuerdo, deja refrescarte la memoria para que veas que no te olvidó. Después de que la universidad nos echó como a dos huérfanos a la ciudad más poblada del planeta, aunque lo peor fue que nos sacaron sin una cobija de preparación para poder hacerle frente a la competencia que el capitalismo exige. Qué triste es darse cuenta de que en cuatro años y medio en la Facultad de Filosofía lo único que aprendimos fue a llegar temprano a la escuela. Sin embargo, no sé cuál era la razón, pero desde un principio, tú estabas prendido a mí, explicándome planes, objetivos, entre ellos sacabas de la mente unos tremendos elogios, o eran piropos, dedicados cariñosamente a mis grandes y redondas tetas. Incluso, en cierta visita al cine, las comparaste con las de una actriz porno, de un churro extranjero que vimos como en diez ocasiones para comprobar la similitud de unas con otras.

Como conociste la circunferencia de estos miembros, tan ocultos y, a la vez, tan descubiertos, que tanto alabaste, fue, tristemente, por esa idea tuya de viajar al



Foto: Raúl Ramírez Martínez

país del Norte, debido, principalmente, a la angustia de estar desempleado, de no ver futuro; además, un amigo te comentó que allá se gana lo suficiente para salir de pobre y vivir de lo mejor en México, claro, también dijo que el sufrimiento, las humillaciones y el latente peligro de entrar a la cárcel son parte de la aventura, y que no puedes dejarlos de lado, sino afrontarlos. Una tarde dijiste que ibas a partir dentro de dos días, querías un recuerdo, una pasión para empacarla y que en los momentos duros sirviera de ungüento para curar las heridas; no imaginaba que serían mis pechos, y algo del resto de mi cuerpo, los que te darian fuerzas. Antes de despedir-

nos, de aquellos labios extremadamente delgados, apareció la propuesta, quiero amarte, morena. Así, en el hotel Maravillas, con garaje, restaurante, y un frigobar en el cuarto, sacamos lo único que nos faltaba: un poco de amor. Vaciamos el refrigerador, las seis tectates, las cuatro caribe cooler, el vino, las cubas entlatadas y el agua mineral, todo, por un poco de valor y en la enorme cama matrimonial nos desnudamos.

Nuestros cuerpos morenos, mexicanos, entrelazadas las piernas; acariciabas las tetas, tan grandes y redondas, casi perfectas, coronadas con unos pezones maduros pero, la verdad, tus manos fueron

insuficientes para contenerlas, parecían crecer a cada caricia, a cada mordida, endurecidas, erguidas y excitadas, sentí que su tamaño aumentaba. No eran los efectos de una borrachera, sino una reacción natural, desconocida para mí. En fin, después de esa noche tuve muy pocas noticias de aquel enamorado de mis pechos, tan grandes y redondos; hasta ahora, que la lumbre toca tus piernas. ¿Qué puedo hacer? Sencillamente, nada. Siempre he sido una militante de café, hay que hacer esto y lo otro, sin embargo, nunca participé activamente en las marchas ni en las protestas, opinaba, eso sí, pero nunca fui a los borlotes de los estudiantes. Aunque, la situación, la tuya y la de miles de compatriotas, merece por lo menos una declaración de guerra pacífica; es terrible, pero Norteamérica es una nación de intereses, sin amigos, racistas sobre todo contra los latinoamericanos, y ultraconservadora. Has pasado cinco años en los campos de California, en la pizca del tomate, de la papa y no sé cuántas verduras más, ni tu carrera te ha servido de algo, lo más seguro es que no domines el idioma inglés, en pocas palabras, estás jodido. Lo único posible, al alcance de mis manos, fue vestirme con el pantalón de mezclilla azul, ponerme la camiseta negra de cuello exageradamente redondo, para que los senos se exhibieran en su mayor amplitud; en uno de ellos, de los senos, pintar con tinta china: "No a la 187", e ir a la embajada de Estados Unidos para protestar. Tanto los arabas, que es el único instrumento con el cual puedo ayudarte.

A lo mejor los verás en algún noticiario, via satélite, tan grandes y redondos, sin el sostén que los ahogue, eñrojados, ante la mirada de propios y extraños, en donde alcanzarán a leer mi mensaje. Ya debo estar acostumbrada a que me observen pues cuando me agacho a recoger algo o a rascarme la pierna, soy la atracción del circo, miles de ojos están intentando violarme. En esta ocasión, va otra cosa en la piel, va mi preocupación por mis paisanos que luchan en el país de la oportunidad y de la democracia por una vida digna. No te olvidó, mi grasoso amigo, aquí te esperan mis pechos, más grandes y redondos que de costumbre, para saciarte la esperanza.

Martín Luviano García

# La protesta

**EL SEMANARIO PUNTO**  
Mi artículo final 28/05/2001

# Cuestionan la venta de Banamex y el pagaré que tiene del IPAB

En la Cámara de Diputados se llegó a pedir la cancelación de la compra-venta

Martín Luviano

**L**a compra-venta del Grupo Financiero Banamex-Accival (Banacci) debe ser investigada por el Congreso de la Unión, pues hay información de que tiene una gran deuda que el Instituto de Protección al Ahorro Bancario (IPAB) tendrá que cubrir con dinero público, dice Ricardo Ramírez, investigador de la Facultad de Economía de la UNAM.

El especialista agrega que el gobierno federal debe intervenir para que se cancele el bono que contrajo el IPAB (antes Fobaproa) con esa institución bancaria, por unos 51 mil millones de pesos.

Asegura que con la nueva capitalización del último banco importante nacional que será vendido al extranjero, el gobierno de Vicente Fox debe establecer los mecanismos y negociaciones necesarias para que se amle la deuda que tiene el IPAB con el Grupo Banamex-Accival.

El Estado debería influir para que este bono — que de alguna manera fue parte del paquete de salvamento de los bancos luego de la crisis del sistema bancario de diciembre de 1994 — se cancele y, con ello, se reduzca la deuda del Fondo Bancario de Protección al Ahorro (Fobaproa).

Menciona que el bono está generando nuevos intereses a favor de los bancos, que se están pagando, no sólo a Banamex sino a otros, y al mismo tiempo ocasiona que el margen financiero de esos organismos sea alto, a pesar de que no están otorgando créditos.

Expresa que la compra de Banamex por parte de Citigroup representa una presión para que los tres bancos mexicanos que quedan (Banorte, Confía y Bitel) analicen la posibilidad de integrarse con grupos grandes o se fusionen entre sí, para insertarse en la competitividad que originan las megafusiones bancarias.

Para Jaime Cervera Rivera, diputado del Partido del Trabajo (PT), en entrevista a Punto afirma que la deuda del IPAB puede superar los 100 mil millones de pesos, debido a que en los activos que el grupo estadounidense está comprando, se incluyen pagarés del Fobaproa y carteras de otras empresas que adquirió la institución bancaria.

El legislador afirma que existe un pagaré-Fobaproa de Banamex por 34 mil 650 millones de pesos, aunado a dos créditos simples que Banamex otorgó al IPAB por 30 mil millones de pesos cada uno.

Además, hay que sumarle un bono-IPAB por el equivalente a tres mil millones de dólares (unos 28 mil 500 millones de pesos) que Citibank-México logró el año pasado que le regresaran, y que hoy se contabiliza entre sus más rentables activos.

Señala que de acuerdo con los datos oficiales más recientes, en realidad el valor del pagaré-Fobaproa en posesión de Banamex es de 65 mil millones de pesos.

Cervantes Rivera afirma que se va a exigir al gobierno federal que impida la venta del grupo financiero Banamex, hasta en tanto no pague los adeudos que tiene con el IPAB.

Comenta que se tendrán que abrir los documentos de la investigación que realizó la pasada legislatura,



Oposición en la Cámara de Diputados a la compra-venta de Banamex. Foto: Jorge Silva/CuartaCero

donde se encontraron irregularidades, como las llamadas operaciones reportables, que ascendieron a 72 mil millones de pesos, y de dicho monto a Banamex se le detectaron 146 créditos reportables por 4 mil 70 millones de pesos, de los cuales seis concentran el 90% del valor involucrado.

Considera que el Fobaproa quedó bajo el control de los banqueros, y desde que absorbió la cartera vencida se emitieron pagarés a favor de los bancos. "Estos se aferraron a una tabla de salvación y sobrevivieron, y después varios de ellos prosperaron como rentistas al cobrar más del 2% por encima de la tasa aplicable a los Cetes".

"Las repercusiones de esta operación han sido enormes y ahora Citigroup compra Banamex, y con ello se posiciona para exprimir el mercado doméstico".

De acuerdo con una investigación realizada por diputados del PRD y del PT, en la que tomaron en cuenta la información de consultores privados, la deuda principal que tiene el IPAB con Banamex es de 34 mil 650 millones de pesos, pero por concepto de intereses se pagan aproximadamente 5 mil 500 millones al año.

El cálculo se realiza a partir del último trimestre del año pasado, tomando la tasa de interés de los Cetes, que se encontraba a 17.62%, por lo que en tres meses se pagaría a Banamex mil 480 millones de pesos. La cantidad varía de acuerdo al nivel en que se encuentran los Cetes.

El legislador Cervantes Rivera menciona que la Cámara de Diputados acordó citar a funcionarios de primer nivel, para que expliquen a detalle la anunciada venta del Grupo Financiero Banamex-Accival, el segundo mayor del país, al gigante estadounidense Citigroup.

Dice que su partido demanda frenar la venta de Banacci, ya que fue uno de los grandes beneficiados del rescate bancario, y que aún tiene 110 mil millones de pesos (11,957 millones de dólares) en recursos públicos.

Resalta que a pesar de que las autoridades del país han señalado que el rescate bancario, concluyó, "esto no será posible sino hasta que se devuelvan a los bancos

los pagarés que el Fobaproa adquirió por concepto de las operaciones de compra de cartera".

De acuerdo con el documento que van a presentar perredistas y petistas, la nueva institución será dueña de un pagaré a cargo del IPAB de 51 mil millones de pesos, que generan intereses por más de 8 mil millones de pesos.

Además, está la deuda que el IPAB tiene con Banamex y Citibank, producto de dos créditos otorgados por 30 mil millones de pesos cada uno a una tasa de TIIE más 0.40 y TIIE más 0.60. Es decir, la deuda total del IPAB con la institución resultante de la compra será superior a los 100 mil millones de pesos, cifra equivalente a la recaudación proyectada por aplicar el IVA generalizado en la reforma fiscal.

Añade que del total de ésta, 97% se refiere al Grupo Aa, es decir, operaciones del Programa de Compra de Cartera que no cumplieron con los criterios establecidos por el propio Fobaproa, y cuyo monto es de 24 mil 778 millones de pesos.

Debido a que el listado entregado por el auditor Michael Mackey no presenta la desincorporación de 16 mil créditos, con un valor de 13 mil 116 millones de pesos, no es posible conocer el nombre de las personas físicas o morales que se encuentran involucradas.

Precisa que Bancroer, Banamex, Serfin y Bitel concentran más del 80 por ciento del total de peso de las compras de cartera que no cumplieron con los requisitos establecidos por el Fobaproa.

Agrega que Banamex presenta operaciones irregulares por cuatro mil 70 millones de pesos, siendo en su totalidad operaciones del grupo Aa, y la razón de su reportabilidad obedece a que se adquirieron carteras de empresas en suspensión de pagos.

"Tal es el caso de Industrias Plásticas del Noroeste, Industrias Rivera Izaguirre, LRN de México, y el Nuevo Japón, y en otro caso se reportan como adquisición de créditos relacionados de Gusa Construcciones, Cuevas San Carlos y la Suiza, entre otras", concluye.

**NOVEDADES**

Editorial de despedida y mi nota final en esa edición 31/12/2002



agrario, que implique no de relaciones con los sobre Comercio de Américas políticas internas. diario *The Wall Street* que Estados Unidos y de alcanzar un acuerdo o años (vía tarifas arando del pollo mexicano, dos mil millones de dólares firmado en "cuesecisó el matutino. Cons del Tratado de Libre a del Norte (TLC), el 1 minados los aranceles a rícolas. adounidense prefiere la de cualquier otra parte ría de este país exporta de piernas, muslos y a precios hasta 70 por el precio en México.

ESO AGRARIO página A9

## perávit millones

observado el 31 de di-

explica por un desen- de 3.5 mil millones de ción de activos finan- de 0.3 mil millones de ntables al alza por 1.2 res.

onde a la deuda inter- no Federal, el saldo al se ubicó en 778.9 mil onto superior en 87.9 os al registrado al cie-

Sicilia tras una fuerte explosión que provocó olas de 20 metros de altura. A5

# Novedades se despide

Con profunda pena y con tristeza Novedades Editores, S.A. de C.V., comunica hoy a sus lectores y a la sociedad en general que, con sus presentes ediciones da por terminada la publicación del periódico *Novedades*, de la ciudad de México, desde de sesenta y cinco años de vida, y de *The News*, con cincuenta y tres.

Imperativos económicos derivados de la situación que ha vivido y vive el país, nos imponen la decisión de dar por concluidas ambas publicaciones que con independencia de criterio acudieron diariamente a la con sus lectores para llevarles el panorama informativo nacional y mundial y, en sus artículos editoriales, el análisis y la opinión comprometida sobre las cuestiones más importantes que aquejan al país.

A lo largo de su vida, *Novedades* y *The News* tuvieron el celo de reflejar en sus páginas el retrato de la realidad cotidiana, transmitiendo con rigor y veracidad el más alto profesionalismo posible, los sucesos noticiosos, cualesquiera que fuera el sitio donde ocurrieran.

Por las páginas de *Novedades* han desfilarado, en diversas épocas, el pensamiento y la obra de eminentes intelectuales mexicanos y extranjeros que aportaron sus luces en los debates nacionales e internacionales.

Muchas generaciones de mexicanos se informaron y nutrieron su criterio con las opiniones publicadas en nuestros diarios. Deportes, Espectáculos, Finanzas, Vida y Estilo, columnas diversas y otras secciones fueron el enlace con nuestros lectores.

Es esta la hora difícil de la despedida, es también una hora de reflexión y la reflexión obligada es que nos vamos sin desearlo, pero la realidad se impone sobre nuestra voluntad. Nos queda la satisfacción de haber sido fieles a nuestro compromiso diario. Desde nuestras columnas nos empeñamos por alcanzar un México más justo para todos, una patria más libre y más digna, un país más democrático, calles y hogares más seguros; pugnamos por construir un mejor mexicano, educado y forjado en su integridad moral, filosófica, social y económica. Soñamos y pugnamos por una patria mejor para un mejor ciudadano. Desde otros espacios, desde otras trincheras, estas seguirán siendo nuestras metas indeclinables.

Quede en este espacio el testimonio de nuestro más cumplido agradecimiento a los lectores, a su preferencia de tantos años, a los anunciantes que nos favorecieron con el patrocinio de sus anuncios; a los amigos y compañeros que alentaron nuestro esfuerzo y, en particular, Novedades Editores, S.A. de C.V., hace público su reconocimiento y gratitud a todo el personal que laboró en las más diversas áreas de la empresa y cuyo concurso hizo posible el diálogo con nuestros lectores.

Permitásenos, en esta despedida, dejar con el testimonio de nuestra gratitud, los fervientes votos porque nuestro país alcance el destino de justicia y bienestar por el que tanto nos empeñamos.



**CONVENIENCIAS DE LOS TRABAJADORES**

Las necesidades, dijo, son muchas de ahí la conveniencias de introducir un sistema financiero de pensiones y médico en que se podría incluir el aumento a las cuotas de los trabajadores sin que el afecte su economía.

Comentó que su organización tiene elaborada una propuesta de reforma a la Ley del ISSSTE pero sin trastocar los derechos de los trabajadores además de que se acordó un "pacto" entre el Instituto y diversos sindicatos federados en busca del mejor camino para la institución.

Aclaró que si dicho pacto no ha sido firmado públicamente es porque más que un acto político lo que se pretende es establecer mesas de negociación entre sindicatos mien-

bro de la FSTSE y autoridades del ISSSTE a fin de analizar cada una de las propuestas que se presenten encaminadas a mejorar las finanzas del organismo en cuestión.

Indicó que además de la alternativa de incrementar cuotas y aportaciones de los trabajadores al ISSSTE, los recursos de este sector bien podrían utilizarse para reactivar áreas económicas estratégicas del país.

Como en su momento lo hizo la FSTSE, federación que encabeza Joel Ayala Almeida, Concepción Castañeda aclaró que sus agramiados se oponen a la introducción de las Afores como esquema de pensiones ya que "sólo nuestro sistema garantiza la pensión de los trabajadores".



**LOS LECHONES** han tenido gran demanda para festejar la llegada de un nuevo año entre los habitantes de la capital del país.

Foto: Mario guzmán

En comparación con lo acontecido en 2001, durante el año que está por terminar se redujeron los números de denuncias presentadas contra autoridades por presuntas detenciones arbitrarias y por tratos crueles o degradantes.

En cambio, señala un informe de fin de año de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), "las principales causas violatorias" de esos derechos, "acreditadas e investigadas en el 2002", fueron "el ejercicio indebido del cargo, la desatención al derecho de petición y la inadecuada prestación del servicio público de salud o su negación".

Dice ese balance que en el periodo que va del 1 de enero al 30 de noviembre del presente fueron investigados 3 mil 37 expedientes de queja, y que la comisión presidida por José Luis Soberanes "además brindó servicios de orientación y asesoría jurídica en 3 mil 134 casos".

Asegura que 80 por ciento, aproximadamente, de las violaciones detectadas fueron "resueltas mediante procedimientos de amigable composición, en sentido favorable al interés y a la solicitud del quejoso", y es precisa cuando nombra a las siguientes como "las principales autoridades señaladas en los expedientes concluidos por violación a derechos humanos".

Procuraduría General de la República, Instituto Mexicano del Seguro Social, Secretaría de la Defensa Nacional, Dirección General de Prevención y Readaptación Social de la SSP, Policía Federal Preventiva (asimismo de la SSP), Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), Secretaría de Hacienda y Crédito Público, y la Procuraduría Agraria, además de la Comisión Federal de Electricidad.

**EN MATERIA DE DAÑOS**

BOS.

B-IV, instruido a los efectos del delito de DAÑOS A LA PATRIMONIALES, se ha desvirtuado su comparecencia en el expediente Federal de "La Palma", en los días DIEZ HORAS Y CINCO MINUTOS DE ENERO de la diligencia de oficio, agente del Ministerio Público. Se instruye del dos

OYA GUERRA.

**La UNAM presenta plan para evitar asentamientos irregulares**

Por MARTIN LUVIANO  
Reportero

Los Programas Parciales de Desarrollo Urbano contribuirán a resolver algunos de los múltiples problemas que acarrea los asentamientos irregulares en la ciudad de México, porque buscan ordenarlos y atender las demandas centrales de su población.

Al respecto, Jorge Cervantes Borja, del Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura, del grupo de académicos de la UNAM que ha desarrollado las propuestas, destacó la importancia del programa, porque en la ciudad de México cada vez crece más este tipo de zonas y con ellas también se incrementan los problemas ambientales, de vivienda y de prestación de servicios.

Explicó que si bien estas comunidades tienen características similares de desarrollo, también presentan singularidades. Para el proyecto se escogió una zona como modelo, en este caso fue Santa Cruz Acalpixca, ubicada en la parte oeste de la delegación Xochimilco.

Apuntó que entre 1990 y 1995 se observó en esta comunidad un incremento de cinco mil personas, las cuales se establecieron en zonas de suelo de conservación ecológica tanto en la parte de las chinampas como en la montaña, cuya estructura y servicios representan lo rural y lo urbano.

Entre las demandas centrales de la población, destacó, se encuentran la regularización de la tenencia de la tierra, el cambio de uso del suelo, así como la introducción de servi-

cios, en particular de agua y drenaje.

Después de algunas observaciones de los especialistas de la UNAM se percataron que, independientemente de la regularidad o el grado de consolidación de los asentamientos, la electrificación alcanza una cobertura del 90 por ciento y la mayoría de la gente cuenta con servicio de telefonía, precisó el experto en urbanismo.

Sin embargo, dichas viviendas están ubicadas en zonas donde cada año ocurren deslaves asociados a la deforestación de las áreas de barrancas, indicó. Esto ocasiona la formación de torrentes que desembocan exactamente a las entradas del drenaje, lo cual trae como consecuencia problemas de inundaciones, salud pública, contaminación y, en el caso de la Montaña, la inestabilidad de los cerros.

**LA FUERZA DEL SOL**  
Colaboración del adiós 10/6/2004

En torno al desafuero en contra de Andrés Manuel López Obrador

## Decisión de Estado frenar a la izquierda

Entrevista a Ricardo Álvarez Arredondo

Martín Luviano

La decisión de presentar un juicio de desafuero en contra del jefe de Gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador, es una decisión política por parte del gobierno de Vicente Fox para acabar con la opción de izquierda en México, eso es el fondo del asunto, porque si no hubiera sido el caso de "El Encino", hubieran rascado por otra cosa, es una decisión de Estado para frenar un proyecto democrático, afirmó Ricardo Álvarez Arredondo, Secretario Parlamentario de la fracción del PRD en la Cámara de Diputados.

En entrevista para *La Fuerza del Sol*, Álvarez Arredondo añadió que este hecho no hace más que convocar un llamado para que todo el perredismo tenga gran cautela en sus actos, ya que en el fondo, el asunto no es un ataque a la persona de AMLO, sino que es un ataque en contra de la izquierda en México.

Comentó que la Sección Instructora de la Cámara de Diputados desechó el proyecto que presentó el presidente de la misma, el legislador perredista Horacio Duarte, que proponía un dictamen para declarar que no eran procedentes los elementos para enjuiciar al jefe de gobierno capitalino.

Pero, agregó, como la Sección Instructora está integrada por cuatro diputados, uno del PRD, uno del PAN y dos del PRI, los tres miembros de los otros partidos no quisieron escucharlo y votaron en contra del proyecto. Por lo que se sometió a votación un nuevo dictamen, que dio curso al juicio de desafuero, ya que la votación fue de tres a uno, pues nuestro compañero Duarte no aceptó ese dictamen.

### Situación complicada

Álvarez Arredondo mencionó que hay cierta confusión en cuanto al fuero, que regularmente se entiende como una protección para que los funcionarios y los legisladores no estén sujetos a juicios ni a procesos judiciales, en aras de darles libertad de acción y de opinión, por lo que el juicio de procedencia lo que establece es retirar el fuero, para poder llevar a las personas a un proceso judicial.

"La gente entiende que el fuero es inmunidad y lo entiendo así, no de manera gratuita, porque históricamente, en un sistema unipartidista, el Estado de derecho no ha existido cabal-

mente, se ha traducido en la inmunidad e impunidad para los funcionarios públicos".

Comentó que en estos momentos el PRD se encuentra ante una situación complicada, donde el organismo especializado para atender estos asuntos en la Cámara de Diputados, que es la Sección Instructora ha decidido por mayoría, con oposición nuestra, iniciar el proceso de desafuero en contra de López Obrador.

Añadió que ahora viene un intervalo de tiempo, donde se notificará a López Obrador que se encuentra en un proceso de este tipo, esto se tiene que hacer después de que se elaboren las actas, esto tarda unos días, por lo que el martes 1 de junio fue enterado formalmente de este proceso.



Dijo que el jefe de gobierno capitalino tiene un plazo para ofrecer pruebas de descargo y la parte acusadora presentará pruebas de cargo.

"Todo esto se tiene que hacer en días hábiles y hay un límite de tiempo, que sin embargo se puede alargar. Entonces, es ahí donde tenemos un enorme margen de interpretaciones, pero la convicción del PRD como grupo parlamentario, es la de no tratar de retardar el procedimiento, sino afrontarlo con argumentos, con una intensa labor congresista y también social, para detener esta campaña en contra de la izquierda y su proyecto de nación".

### Dados cargados

Consideró que de la impresión de que los instrumentos de Estado tienen los datos cargados, porque se

hace un señalamiento a algo que sería un error de índole administrativa, lo cual no constituye un delito.

Ahora, señaló, tenemos que observar que el PAN y el PRI, sin estudiar el expediente como se debe, han votado de manera automática por el desafuero y tenemos que estar preparados, porque esto es un preludio de la votación de López Obrador.



que tendremos en el Pleno cuando se presente el caso.

Indicó que el PRI tiene 224 diputados y el PAN tiene 151, lo que hace un total de 375, lo que representa una mayoría constitucional, entonces si ya tomaron la decisión de ir juntos, van a votar en contra de López Obrador, por lo que no hay bases para fomentar alguna idea optimista.

Añadió que el jueves pasado se tomaron tres decisiones fundamentales. Mientras el presidente de la República se reunía con el líder del PRI, ya estaba lista la información de exonerar al gobierno del DF del caso San Juan, porque estos terrenos eran propiedad del Estado, dándole la razón al jefe de gobierno y colocando el aparato de justicia del lado nuestro.

Después, pasadas unas horas nos asentan el golpe de la votación de desafuero, con una votación conjunta entre PRI y PAN; para que en la noche del jueves se reunieran los diputados que integran la Comisión de Puntos Constitucionales para aportar la mayoría en la votación del dictamen sobre la descentralización educativa en el Distrito Federal.

"Lo que contiene este dictamen es que el gobierno del DF aporte el dinero para hacerse cargo de la educación, es una modificación constitucional para alargar las finanzas de la capital del país y se destine una gran parte del presupuesto a los servicios educativos, dejando prácticamente con las manos atadas al gobierno de Andrés Manuel López Obrador".

Aseguró que estos son tres golpes que forman parte de las acciones concertadas por parte del gobierno de Fox, ayudado por el PRI, para detener el gobierno del DF y su proyecto social, con miras al 2006, por lo que debemos cuidar todos nuestros flancos y no ser vulnerables en todos estos embates.

Sostuvo que los escenarios que se tienen por de-



lante son dos, aunque es necesario tener una visión radical y muy fría, ya que los plazos podemos fijarlos o no, pero es posible que el juicio se dé en tres meses y medio, al inicio del próximo periodo ordinario, que arranca en septiembre. Donde el escenario negativo es que se apruebe el desafuero y que se someta al jefe de gobierno a un proceso judicial.

Mientras que el otro escenario es que, con un intenso trabajo de cabalillo, podamos romper esa mayoría y convencer al PRI de que está siendo utilizado por el gobierno, pero no en función de una negociación oscura, sino simplemente de ir y convencerlos con la ley de que en este asunto forma parte de la lucha política, donde el Estado recurre a las instituciones para dañar a la democracia, es una lucha al margen de las disposiciones reglamentarias.

### Estado contra la izquierda

"Pero tampoco debemos ser inocentes, claro que sería un duro golpe para el PRI, pero en el hipotético caso de que sucediera, tendríamos que continuar con la estrategia de implantar en el país un sistema más democrático, de mayor inclusión, de lucha por las políticas sociales, con una visión de izquierda y con más fuerza ciudadana, porque la gente común percibe una gran corrupción, está enojada, pero también no le parecen los golpes arterales de la autoridad federal en contra de Andrés Manuel López Obrador".

Álvarez Arredondo dijo que el Estado tiene la decisión de terminar de tajo la posibilidad de que la izquierda llegue al poder, porque además pueden entablar el procedimiento de destitución, una facultad estrictamente del Senado, ya sea porque hay ingobernabilidad o conflicto entre los poderes. Estamos metidos en un esquema en que la mayoría compuesta por el PRI y el PAN han decidido darnos un golpe, lo van dar y tienen muchas vías.

Finalmente, mencionó que es importante resaltar que todo esto no solo es por un caso llamado "El Encino", sino que es en torno a una lucha política, porque ahora que la democracia es más limpia y transparente, las grandes mafias, la colusión de intereses y la derecha que llevó a Fox al poder, además de los grandes consorcios, que continúan la venta de gasaje del país, que van por la electricidad y el petróleo, en esa visión de Estados Unidos y donde el esquema de la izquierda no entra, entonces no recurren a la elección, sino a una estrategia artera de eliminar al contrincante más cercano al pueblo, eso es el debate actual y se debe llevar el mensaje a las personas, para que entiendan que está en juego el futuro del país, de ese tamaño es la lucha que se avecina. □